

Las colecciones de Documentos de Trabajo del CIDE representan un medio para difundir los avances de la labor de investigación, y para permitir que los autores reciban comentarios antes de su publicación definitiva. Se agradecerá que los comentarios se hagan llegar directamente al (los) autor(es). ❖ D.R. © 2002, Centro de Investigación y Docencia Económicas, A. C., carretera México - Toluca 3655 (km.16.5) ,Lomas de Santa Fe, 01210 México, D. F., tel. 727-9800, fax: 292-1304 y 570-4277. ❖ Producción a cargo del (los) autor(es), por lo que tanto el contenido como el estilo y la redacción son responsabilidad exclusiva suya.  
21 de noviembre de 2002



---

**NÚMERO 18**

Ugo Pipitone

**CAOS Y GLOBALIZACIÓN**

### *Resumen*

Este ensayo constituye la primera parte de un libro en preparación acerca de globalización, desigualdades y agenda ecológica. La investigación se organiza alrededor de una referencia metodológica central: la teoría del caos. Orden y desorden no solamente se suceden uno a otro sino que aparecen simultáneamente en las interdependencias que caracterizan la modernidad desde sus albores.

La regionalización mundial es presentada aquí como un elemento de orden en un marco globalizado que tiende a liberar fuerzas políticas y económicas con un elevado potencial entrópico.

### *Abstract*

This essay is the first part of a book in progress about globalization, inequality and the environmental agenda. The research is organized around a core methodological reference: the theory of chaos. Order and disorder not just flow in sequence, but appear simultaneously in the interdependencies that characterize modernity since its initial stages.

World regionalization is presented here as an element of order in a globalized framework that tends to release political and social forces with a high potential for entropy.

## *Introducción*

### **Caos y Globalización**

(ejercicio introductorio)

1. Regla y excepción 2
2. Metáforas microbiológicas y termodinámicas 5
3. La globalización, o del orden caótico 14
4. Regionalización de la economía (y la política) 30
5. Una conclusión en tres puntos 38

## 1. Regla y excepción.

Parte I, Capítulo 18. Va este diálogo:

-¿Cómo dices eso? ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

-No oigo otra cosa sino muchos balidos de ovejas y carneros.

Ahí están personajes y temas, símbolos y dilemas de la condición moderna y, si se pudiera usar la palabra con virginal inconsciencia, humana. El Quijote (la locura, el deseo, lo impredecible) que crea a su alrededor (y no sólo en el encierro de su mente) la realidad que necesita. El distinto que trasciende (intenta trascender) la realidad del mundo desfaciendo entuertos, socorriendo doncellas desvalidas y corrigiéndolo a golpes de invenciones impredecibles y compensaciones justicieras. La criatura de Cervantes (y habrá que anotar que hay fantasmas literarios que pesan más que muchos personajes reales) se entretiene asombrándose frente a lo que sus semejantes consideran *natural*, *normal*. Estamos aquí frente a una exploración humana de la distancia entre lo que es y lo que debería ser en el espacio temporal en que su mirada (y la nuestra) puede(n) discernir problemas y soluciones.

(Sin embargo, anotemos al margen, cuando el tiempo se acelera -cuando diez años parecen cincuenta-, el espacio/tiempo a nuestra disposición se acorta alimentando ese desconcierto hacia el presente que ya es estado de ánimo global. Muchos más los nuevos problemas que las soluciones disponibles o, incluso, pensables. Y uno se vuelve sin quererlo Sancho o el Quijote: se acomoda y teje loas de la modernidad con el entusiasmo de un darwinista social que ha descubierto la clave del mundo o, en cambio, reivindica lo diferente a base de libros de caballería u otras referencias).

Del otro lado, está Sancho. Caricaturicemos obviando disputas hermenéuticas seculares. Sancho es un sólido principio de realidad, que, sin embargo, no es monolítico, sino que está en un cuerpo vivo con una fina y desencantada mirada sobre el mundo; sabiduría y no sólo capacidad de adaptarse a las circunstancias. Confesemos, con cierta vergüenza, que deseos, fantasías y locuras (si bien creadoras) en ocasiones llegan a cansar y uno entiende la desesperación del barbero en la venta:

¡Válame Dios! ¿Qué es posible que tanta gente honrada diga que ésta no es bacía, sino yelmo? (I, 45).

Pero, tanto en la epopeya cervantina como en la vida *real* (¿se pueden pensar dos conjuntos separados uno de los cuales se llame *realidad* y el otro *literatura*?), la fantasía (que rompe el molde) y la inercia (que lo restaña) se contagian y redefinen sus fronteras en el flujo del tiempo. Donde *fantasía* es ruptura de la costra de la realidad, revelación de sus estructuras subterráneas, declaración de diferencia,

locura. Aquello que el mundo no está dispuesto a aceptar sino en dosis homeopáticas. Es lo diferente imprevisto que, no obstante las inercias, desvía (o intenta hacerlo) el camino, sabiéndolo o no. Si bien, naturalmente, con una deriva que nunca es tan marcada como la "diferencia" revolucionaria supone *ab initio*.<sup>1</sup> El pasado es masa gravitatoria de la que no se escapa con el corte quirúrgico que las ideologías exigen en alabanza a sus purezas. Salvador Novo nos ilustra: "El héroe clásico: aunque suela rebelarse contra su destino, lo cumple porque una caprichosa voluntad omnimoda lo fuerza a ello".<sup>2</sup> Y, aparentemente, el destino mira hacia atrás.

En ocasiones, la fantasía toma la delantera y a veces, en esa honrosa posición, se desbarranca llevándose consigo millones de seres humanos. Y es una historia demasiado reciente para que valga la pena poner ejemplos. Considérese como ilustración el episodio -que anuncia las frustraciones dejadas por la caída del comunismo- de la liberación de los galeotes (I, 22), que de víctimas se convierten en victimarios. Ahora que también hay ocasiones en que la fantasía le mejora la vida a Sancho (digamos *Welfare*): el episodio en que el Quijote convierte su escudero en gobernador (II, 44) o los muchos en que la *locura* del noble caballero llena el estómago de Sancho y, a veces, incluso de monedas de oro sus bolsillos. Y hay ocasiones en que el principio de realidad abre ventanas sobre el mundo aunque sea recordatorio de su pesadez y lentitud: es difícil imaginar como misioneros de la fantasía a capitanes de industria ambiciosos e innovadores, a especuladores en la bolsa de Amsterdam o a mercaderes. Y sin embargo empujaron el mundo hacia adelante, o, para ser menos ambiguos, impulsaron su movimiento. En fin, no siempre el realismo -y la historia del capitalismo está ahí para demostrarlo- es conservación. Algo que Marx entendió como nadie y, después, trató de olvidar. Además de que conservación no es sinónimo de *mal*. Otra vez: ¿es posible establecer dos conjuntos separados y denominar uno *fantasía* (voluntad, deseo, etc.) y el otro, *realidad*?

Sabiendo que la diferencia no excluye la unidad (y simplificando), podemos decir que el Quijote es la izquierda. Y cuando imagina el futuro, lo mejor que se le ocurre es idealizar el pasado. Tradición fértil, por cierto. ¿No están llenos los (maravillosamente dramáticos) discursos de Saint Just de referencias a la Roma

<sup>1</sup> Napoleón se hace emperador. Castro, envejeciendo, asume estilos, y algo más, del caudillo tropical. Stalin repite sin saberlo el vetusto molde del Padre de todas las Rusias (versión *proletaria*). O, para pasar directamente al terreno de la crónica, Berlusconi que repite el molde oligárquico populista de Lorenzo de Medici. Y no quiero hablar de tentaciones tlatoánicas en la cultura (política y no-política) mexicana.

<sup>2</sup> Prólogo a Federico García Lorca, *Libro de poemas, I*, Porrúa, México 1989 (1ª ed.: 1973), pp. XII-XIII. Y así sigue Salvador Novo: "(Pero) El héroe, por una parte, ha dejado de ser necesariamente rey o semidiós: puede ser simplemente humano. Y por la otra, está en aptitud de erigir el propio ideal, defenderlo o con él atacar, medir sus fuerzas contra quien o quienes o lo que, se le oponga. Y hacerlo con la posibilidad de triunfar. El conflicto deja así de tener un solo desenlace posible, para abrirse a muchos potenciales y no dictados ni condicionados por los dioses".

republicana?<sup>3</sup> Y de ahí vino el Terror, la democracia ciudadana, Napoleón, además de parte de la I y la II guerras mundiales y los derechos humanos. Que hagan el balance los expertos en costos/beneficios o los farmacistas de la historia. ¿No miraba la cultura del Renacimiento a las realizaciones clásicas de un mundo desaparecido hace siglos? Artes y política miran al pasado mientras, casi sin saberlo, van hacia lo nuevo.<sup>4</sup> ¿No mira Maquiavelo hacia las virtudes republicanas de una Roma desaparecida hace siglos? El Quijote está en el surco de esta tradición y *corrige* el mundo -intenta mejorarlo mirando a un pasado embellecido por la literatura- mostrando las posibilidades escondidas (en el pasado) debajo de su aparente solidez. Es la excepción, el caos, que muestran la discorde estructura del presente (de todo presente). El Quijote es un Sísifo voluntario: mueve el mundo entero como si fuera una roca, con la esperanza de no quedar aplastado debajo.

Para evitar simetrías demasiado simples, digamos que Sancho no es la derecha. Es lo *concreto* que, ocupando gran parte de su cerebro, hace de él un sabio centrista. Alguien que, a veces, se deja jalar por el lado de la fantasía (del derecho a imaginar un mundo distinto) y, a veces, está amarrado como una roca a un presente culminación de todos los posibles imaginables. Ocasiones hay, y muchas, en que Sancho, sin declararlo, razona teniendo en la cabeza una idea de fin de la historia. Y tal vez no son sus mejores momentos. Intentemos una moraleja de paso: cuando la fantasía prescinde de la realidad se convierte en misión, cruzada o lo que sea, y cuando la realidad prescinde de la fantasía, es como si en un jardín se desterraran las plantas vivas a favor de hermosos sustitutos de plástico.

En fin, orden y desorden, azar y necesidad, fantasía y realidad, asteroides *libres* y fuerzas de gravitación universal, reglas y excepciones. "Condición humana" podría decirse, si la expresión no fuera ambigua en su insinuación de una ontología cristalizada fuera del tiempo. Como se dijo, esos contrastes no excluyen las simbiosis, los equilibrios inestables, las convivencias y hasta la cooperación de los distintos. El mundo no es orden o desorden, regla o excepción. Es orden y desorden, regla y excepción. La (re)constitución de la unidad (el equilibrio, aquello que se pretende eterno, e intenta serlo) sólo ocurre en el temblor producto por la convivencia (cooperación y conflicto) de lo distinto. En esa conciencia del movimiento escondido en la fijeza estatutaria del presente, están las múltiples caras de cualquier esfuerzo para entender y para cambiar. Recordando lo que dice nuestro héroe: "nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma lanza" (I, 18). Donde, en lectura contemporánea, lanza estaría por voluntad y pluma por entendimiento. Lo que, inevitablemente, convoca a la mente a Giordano Bruno: Dios entiende el mundo porque lo hizo.

<sup>3</sup> No por casualidad, en su famoso discurso en la Convención de noviembre de 1792, en el momento de decidir la suerte de Luis. Saint-Just menciona a Bruto. V. la colección de discursos curada por Albert Soboul. *Terrore e libertà*. Editori Riuniti. Roma 1966. p.57.

<sup>4</sup> Recordemos al viejo Burckhardt de *La cultura del Renacimiento en Italia*. Ed. Iberia. Barcelona 1971. pp. 129s.

Veamos, ahora, otro aspecto con el auxilio de Benito Pérez Galdós. Estamos en *Marianela*. Y aquí encontramos a un ciego que en la perfección indisturbada de su cerebro idealiza al objeto amado. Hasta que recobra la vista, ve el mundo, y en la complejidad disuelve sus certezas. O sea, la ceguera (en forma ideológica u otra) impide que las imperfecciones de la realidad molesten las perfectas figuras platónicas que moran en el encierro de la mente. Por otra parte, la conciencia de la complejidad del mundo, prepara la renuncia a la voluntad. Así que la voluntad supone una forma de ceguera selectiva; decidir no ver una parte del mundo para poderlo cambiar. Si el mundo no es simplificado en la mente, la voluntad se disuelve. Y así, cumpliendo caminos entreverados, la ceguera selectiva permite aflojar los vínculos de la realidad: desbarrancándola o empujándola hacia formas mejores de convivencia.

Naturalmente es posible imaginar muchas *patologías* en la variedad de equilibrios entre *ceguera* y *complejidad*. O sea, si se quiere, entre Pol Pot y el *Oblomov* de Goncharov. Mencionemos aquí sólo aquella clase de cegueras que, mientras cambiaba el mundo, quedaba aprisionada en sus incommovibles certezas. La nomenclatura soviética como punto de equilibrio entre una utopía convertida en verdad fuera de la historia y un estricto realismo autoritario. Con razón decía Canetti, que era hombre sabio: "No creas a nadie que esté diciendo siempre la verdad".<sup>5</sup>

## 2. *Metáforas microbiológicas y termodinámicas.*

La analogía biológica es, desde siempre, fascinante y algo conservadora, una vez convertida en metáfora social. Partimos del antiguo romano que, para calmar un pueblo tumultuoso, ilustra las diferentes funciones del cuerpo para conservar una unidad sagrada (y eterna) que se transfiere del cuerpo a la sociedad. Y, obviamente, en la metáfora, yo soy la cabeza y tú eres el estómago: y cualquier intento de cambiar los papeles resulta veleidoso y, peor que eso, inútil. Y llegamos a ese inalcanzablemente complejo universo de células eucariontes (o sea, con núcleo) especializadas, donde cada núcleo -en un universo de diferencias y funciones singularizadas- es recordatorio de una unidad entrampada y viva en el océano citoplásmico de las diferencias. Cómodo, de aquí, sacar conclusiones conservadoras: la contemplación de los resultados biológicos de miles de millones de años se paga con una mezcla de aturdimiento y éxtasis frente a la creación. Pero, añadamos, ese uso conservador de la biología resulta cada vez menos asequible gracias a una investigación microbiológica y evolutiva que revela no solamente réplicas y mutaciones sino también *momentos* en que la vida, creándose a sí misma, recorre rumbos impredecibles; caminos imprevistos. A través de Lynn Margulis

<sup>5</sup> Elias Canetti. *La provincia del hombre*. Taurus, Madrid 1982 (Ed.or.: Carl Hanser Verlag, Munich 1973). p. 29.

descubrimos ahora que la evolución no es sólo la mutación que opera como deriva inevitable en el proceso de las replicas, sino un acto de violencia que se vuelve en ocasiones acto creativo: la "recombinación" o sea, el intercambio genético. Volvamos al origen de las células eucariontes: un par de miles de millones de años atrás. Y leamos a Margulis y Sagan:

En algún momento las bacterias ancestrales (células procariontes, o sea sin núcleo, up) debieron de combinarse con otros microorganismos, instalándose en su interior y proporcionándoles un sistema de eliminación de desechos y energía procedente del oxígeno a cambio de alimento y cobijo (...) Este sería un mecanismo evolutivo más brusco que la mutación: una unión simbiótica que llega a ser permanente (...) La velocidad de recombinación es superior a la de mutación.<sup>6</sup>

Una conclusión tan contundente como cargada de sugerencias que van más allá de las ciencias de la vida. ¿Cómo no pensar en la globalización y la multiplicidad de contagios y "recombinaciones genéticas" que hace posible? ¿No es obvio ahí que la velocidad de las *recombinaciones* es infinitamente mayor a la de las *mutaciones* de cada sociedad dejada a sí misma? Internet, comercio exterior, transferencia tecnológica, competencia, movimientos de capitales, telecomunicaciones, migraciones, delincuencia transnacional, efectos ecológicos globales de las iniciativas individuales (o falta de): todo esto acelera los procesos adaptativos de los diferentes organismos de esa célula grandota que es el mundo. Ahí están las señas evidentes de una aceleración de la complejidad, de nuevas interdependencias y de la dificultad a construir un nuevo tipo de orden que corresponda a las nuevas complejidades.

El desorden estructural altera el funcionamiento de los orgánulos de la célula forzándolos a secretar nuevas sustancias químicas que, derramadas al citoplasma, condicionan el entero metabolismo celular acelerando sus cambios y los múltiples procesos de adaptación de todos los órganos celulares al nuevo contexto. Cuatro conclusiones provisionales pueden derivarse de lo dicho. Primera (contra todo organicismo conservador): *natura facit saltum*. Segunda (contra las lecturas conspirativo-catastrofistas): no todo puede explicarse en términos de *imperialismo*, de cálculo conspirativo del poder para perpetuarse a sí mismo, de violencia. Tercera: el material genético se encierra (sobre todo, pero no exclusivamente, en el núcleo) para protegerse y se divide para reproducirse (en la mitosis celular). Cuarta: el sistema (la unidad) controla sus elementos constitutivos sólo parcialmente.

Sería, tal vez, consolador si el modelo científico básico de cualquier conocimiento siguiera siendo el firmamento y su maravillosa predecibilidad de

<sup>6</sup> Lynn Margulis, Dorion Sagan, *Microcosmos*, Tusquets, Barcelona 1995 (Ed.or.: Summit Books, New York 1986), pp. 51 y 50.



órbitas. Los seres humanos (como individuos y como colectividades) *necesitamos* trascender accidentes y azar y transferir algún orden *cósmico* a la construcción de reglas que reduzcan lo imprevisto en la vida cotidiana. Un esfuerzo con tantos éxitos como fracasos. La diferencia no homologable (las bacterias que se organizan en forma imprevista), de alguna manera se afirma por sus ideas o por los cambios a los cuales obliga toda la organización. Una diferencia que crea diferencias e, inevitablemente, unidades más complejas.

Pero, el encanto del tiempo largo de la biología evolutiva sigue ahí: la analogía biológica confirma un *realismo* conservador: ¿cómo podemos siquiera pensar en transformar ese orden maravilloso (y en gran parte desconocido) construido a lo largo de tiempos inalcanzablemente remotos? Estamos en la cúspide de un proceso (cósmico, biológico o social) tan increíblemente complejo que el cambio resulta veleidoso tanto en la ciencia (contra las manipulaciones genéticas, por ejemplo: reedición del antiguo papel de la Iglesia como antagonista de la ciencia -"Con la Iglesia hemos dado, Sancho" (II, 9)) como en la sociedad (el capitalismo como fin de la historia).<sup>7</sup>

Sin embargo, en la célula y en la sociedad, las diferencias han sido los peldaños a lo largo de los cuales el desorden ha empujado los sistemas a una mayor complejidad o sea, una mayor capacidad para englobar en su seno diferencias. Pero, obviamente, ninguna unidad es definitiva, capaz de congelar el tiempo que la recorre desde dentro y desde afuera de sí misma. "La sociedad está siempre inacabada y no existe sino bajo la amenaza permanente de su propia destrucción ... las respuestas a los desórdenes actuales conllevan desórdenes futuros, indefinidamente".<sup>8</sup>

Las escalas de tiempo para la química celular y para las sociedades humanas son algo distintas. Pasamos de 3.5 mil millones de años a 20 mil años: como decir de uno a 200 mil. Diferentes poderes inerciales a las cuales es supeditada la existencia de la vida y de la sociedad.<sup>9</sup> En la sociedad orden y desorden se suceden con mucha mayor frecuencia que en la naturaleza; las ramificaciones de los posibles se suceden en la escala del tiempo de las generaciones como puntos en que el desorden estructural alimenta nuevas formas de orden. Y al revés. Frente al ruido social, los cambios de la vida biológica parecen virtualmente inexistentes. De una parte el

<sup>7</sup> Aunque pueda ocurrir que los mismos individuos que consideran imposible (o indeseable) en la sociedad que el procesamiento de nuevas diferencias obligue a la construcción de nuevos equilibrios colectivos, consideren la ingeniería genética su mejor posibilidad para escalar la eternidad a través de la clonación.

<sup>8</sup> Georges Balandier, *El desorden*, Gedisa, Barcelona 1990 (Ed.or.: Fayard, Paris 1988), pp. 79 y 151.

<sup>9</sup> Y aquí se abre el capítulo sobre la relación entre la vida y la sociedad. Dos dimensiones cuya simbiosis no produjo a lo largo de siglos externalidades negativas capaces de representar una amenaza a la vida planetaria. La vida podía considerarse un dato cambiante, pero un dato. Desde el siglo XX dejó de serlo para convertirse cada vez más en el resultado (no inevitable) de un sistema extraordinariamente complejo de ecuaciones sociales. La vida ha dejado de ser un dato a partir del mayor volumen de desorden, de residuos y basura industriales, que afectan a sus bases biológicas de subsistencia. De ahí la idea de la humanidad como un cáncer de la naturaleza.

ruido; de la otra el silencio. Y sin embargo, más allá de las apariencias, la estatua está viva. No obstante el *foto-finish* congele la carrera, hubo carrera y seguirá habiéndola. En su propia escala del tiempo, la vida se hizo a sí misma a través de diferencias que rompían homogeneidades "finales". La vida como proceso irreversible en que la complejidad es otra palabra para indicar diferencias *activas*. Donde la cooperación no elimina la competencia, ni esta aquella.

La historia (de la vida y de la sociedad, añadimos nosotros) demuestra claramente lo inevitable de algún tipo de cooperación entre organismos que han de vivir juntos y sobrevivir y muestra la tenue división entre competición y cooperación evolutivas.<sup>10</sup>

Útil recordatorio. Pero dejemos las metáforas biológicas y adentrémonos en otras, que provienen de la física. Una premisa: el ideal antiguo (y nunca del todo superado) de la ciencia es la atemporalidad: la contemplación de la perfección de una realidad puesta fuera del tiempo. Las formas de leer el mundo remiten a dos imágenes del universo cuyas diferencias esconden una unidad sustancial. De un lado, la imagen de una máquina cuyos engranajes repiten operaciones establecidas desde siempre y para siempre: una especie de autómatas de extraordinaria complejidad programado en un origen perdido del tiempo. O sea, el determinismo: la idea de que el futuro está encapsulado en un pasado donde se concentran los enigmas que la ciencia se asigna la tarea de esclarecer. "El determinismo proviene de la idea de que todo esté dado con las condiciones iniciales".<sup>11</sup> Del otro lado, está Dios y la tarea del científico correspondería a la necesidad de robarle, pedazo a pedazo, los secretos que se esconden, cristalinaamente puros, en su cerebro. El trabajo científico como "revelación" de la eternidad. ¿Qué hay mancomunadamente entre el determinismo y la idea de Dios? La común ausencia del tiempo o, dicho de otra forma, la ausencia de percepción de la vida como una autoconstrucción (*autopoiesis*) que puede alterar (en direcciones nunca plenamente predecibles) sus tendencias previas. Naturalmente, la *realidad* va por otro lado: el tiempo desgrana procesos irreversibles e inteligibles sólo en términos de un *antes* y un *después*. Y el después no siempre es la continuación fluida de lo previo. La realidad se afirma como un dato fuera del tiempo sólo a un costo: su disolución en una arquitectura tan majestuosamente rígida como vagamente fantasmal.

Uno de los acontecimientos más extraordinarios de nuestro siglo es el hecho de (el descubrimiento) que las partículas elementales suelen ser

<sup>10</sup> Op.Cit., p. 137. Aunque, curiosamente, Lynn Margulis, en una entrevista reciente a "El País" (21 de abril, 2002), declaró: "Mucha gente dice que la idea de Margulis es de cooperación en la evolución y no de competencia. Es falso, yo nunca he utilizado la palabra cooperación... Cooperación significa trabajar juntos y habla de sociología, de personas".

<sup>11</sup> Michel Forsc. *L'ordre improbable*. PUF, Paris 1989, p. 68.

inestables. Fenómeno que puede ser válido hasta para el protón (...) Nos hemos dedicado a buscar esquemas generales, globales, a los que pudieran aplicarse definiciones axiomáticas inmutables, y lo único que hemos logrado, en todos los campos, ha sido encontrar tiempo, acontecimientos y fenómenos de evolución...estructuras disipativas en condiciones muy alejadas del equilibrio en que la estructura surge a partir del caos térmico, del azar molecular.<sup>12</sup>

Es Ilya Prigogine, premio Nobel de química en 1977. Termodinámica y física cuántica nos llevan así de la mano hacia dos ideas centrales. Primera: lejos del equilibrio, cualquier sistema en intercambio de energía con su entorno se enfrenta a una amplia posibilidad de opciones "moleculares" cuyo resultado no es predeterminable sino en términos probabilísticos. Segunda: en el tránsito de un equilibrio a otro, tiende a maximizarse el grado de desorden molecular, que llamamos *entropía*. O sea, la masa de energía libre que expresa el aumento del número de configuraciones posibles al interior del sistema.

De ahí, el paso a la conclusión es obvio, y lo expresa en mismo Prigogine: "Las leyes fundamentales ahora expresan posibilidades, no certidumbres". Encaramos ya no el despliegue grandioso de leyes inmutables, sino "comportamientos dinámicos inestables". Dicho en síntesis: "Lo 'posible' es más rico que lo real".<sup>13</sup> Naturalmente el mundo no se hace y deshace cada día: el desorden molecular opera sobre la base de estructuras capaces de re-producirse o conservarse. Así que, frente a pequeñas perturbaciones, las respuestas del "sistema" (físico, biológico o social) son capaces de restablecer el equilibrio con una baja *dispersión* entrópica. Aunque no está dicho que las cosas sean siempre tan lineales; cuando las perturbaciones aumentan su intensidad o su número, la reconstrucción de la unidad puede ser más compleja y requerir el aporte de elementos arquitecturales novedosos.

Todo sistema tiende a *responder* a las tensiones que provienen tanto del entorno al que pertenece, como sus propios cambios internos. Nos encontramos así frente a una realidad que transita del caos (una situación de máxima entropía en que una *diferencia* puede magnificar sus efectos desestructurando la estabilidad previa) al orden (máxima estabilidad estructural y mínima entropía), y al revés, sino a una situación en que ninguno de los dos términos puede excluir al otro en un mismo corte del tiempo. Ningún sistema abierto (como en el caso del núcleo celular separado por una membrana del citoplasma circundante) puede considerar su funcionamiento libre de perturbaciones que, de ocurrir, lo obligarán a ajustes con

<sup>12</sup> Ilya Prigogine. *¿Tan sólo una ilusión?*. Tusquets, Barcelona 1997 (1ª ed.: 1983), pp. 155 y 157.

<sup>13</sup> Ilya Prigogine. *El fin de las certidumbres*. Taurus, Madrid 2001 (1ª ed.: 1997), pp. 11, 30 y 64. Notemos al margen que los principios de incertidumbre de la física cuántica ya han comenzado a tener aplicaciones computacionales en las que pequeñas perturbaciones pueden afectar anatomía y fisiología de determinados conjuntos. V. Wayt Gibbs, *Computing with Chaos*, Scientific American, Diciembre 1998 y Shawn Carlson, *Modeling the Atomic Universe*, Scientific American, Octubre 1999.

varias posibles consecuencias. Azar y necesidad no son universos frente a los cuales la afilada lama de la razón pueda operar fácilmente una cirugía neta de separación.

La complementariedad está en los hechos antes que en el pensamiento. Regla y excepción conviven en un sentido fisiológico: ni la primera es concebible sin la segunda, ni esta sin aquella, Quijote y Sancho, para regresar al molde clásico. Y, en biología, sin excepciones, las mismas reglas de la vida, así como la conocemos, no existirían. Dicho de otra manera: el caos existe en relación con la regla que lo prepara y le da formas específicas, al mismo modo como la regla es punto de equilibrio de fuerzas contrastantes que dejan de operar *en libertad* y terminan por establecer un entramado de compatibilidades. Así que la diferencia no implica, como canta Toña la negra, "caer en el remolino de la fatalidad".

Volvamos a Prigogine:

A igual título que el determinismo, el puro azar es una negación de la realidad y de nuestra exigencia de entender el mundo. Lo que hemos intentado construir es una vía estrecha entre estas dos concepciones que conducen tanto a la alienación, la de un mundo regido por leyes que no otorgan lugar alguno a la novedad y la de un mundo absurdo, acausal, donde nada puede ser previsto ni descrito en términos generales.<sup>14</sup>

Todo sistema es una arquitectura de elementos y, sin embargo, ningún sistema controla plenamente sus componentes subunitarios. Y llamemos eso como sea: complejidad no organizada, desorden molecular, marginalidad, diferencia no homologada o alteridad militante. La segunda ley de la termodinámica (que establece la entropía) tiene un poder metafórico muy grande. Carnot dice:

La conversión de la energía no es otra cosa que la destrucción de una diferencia, la creación de otra diferencia.<sup>15</sup>

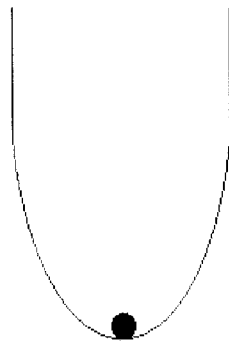
Por cierto, también las mitocondrias, fuera del núcleo de la célula (¿sala de mando? ¿gabinete de ministros? ¿Cuartel General?), poseen su propio DNA y, sin ellas, las células nucleadas no podrían sobrevivir por su incapacidad de utilizar el oxígeno.

Ayudémonos con la refiguración gráfica que hace Michel Forcé<sup>16</sup> de los distintos tipos de equilibrio posible. Comencemos con la diferencia entre equilibrio estable e inestable. El primero es aquel que se restablece después de alguna perturbación; el segundo se rompe, en cambio, frente a la más pequeña modificación de las condiciones previas. O sea:

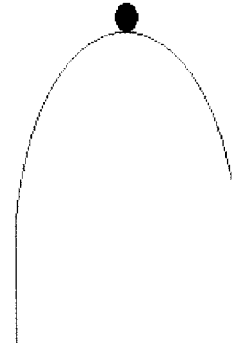
<sup>14</sup> *El fin de las certidumbres*, cit., p. 217.

<sup>15</sup> Citado en Georges Balandier, *Op.cit.*, p.51

<sup>16</sup> *Op. Cit.*, pp. 40-1.

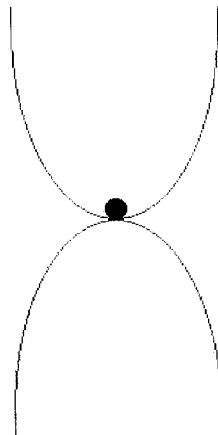


Equilibrio estable



Equilibrio inestable

Y sin embargo, no es difícil imaginar una situación de copresencia de elementos de estabilidad e inestabilidad entrelazados entre sí. En, imperfecta, refiguración gráfica podría ser así:



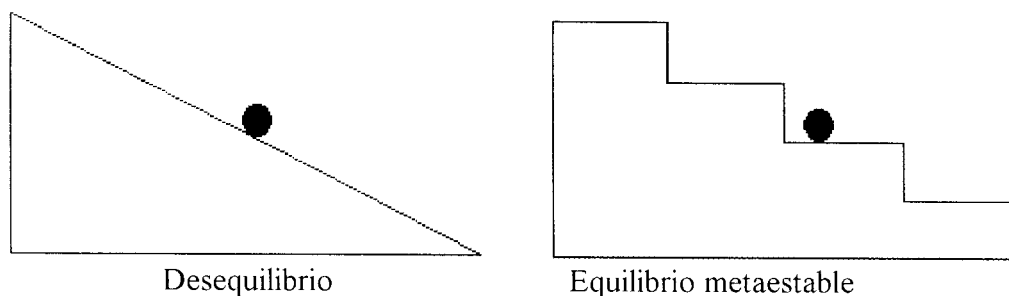
Hagamos un ejemplo banal. Supongamos que la economía disponga de un mecanismo espontáneo de equilibrio automático, que, en realidad, existe (el mercado), aunque opere menos difundida y eficazmente de lo que piensan los economistas neoclásicos. Pero, este mecanismo opera en un contexto de vínculos ambientales (llamémoslos "naturales") en que un tipo de equilibrio condiciona al otro. En el momento T con cero los dos equilibrios pueden coexistir sin afectaciones recíprocas que los obliguen a la búsqueda de nuevas configuraciones. Pero, en el momento T con uno, podría ocurrir que, revelando su incapacidad para regresar a la situación previa, el impacto ecológico afecte la posibilidad de conservar el equilibrio

económico que, en la fase previa, parecía inmutable. ¿Cuántas combinaciones es posible imaginar de equilibrios estables e inestables que se condicionan unos a otros?

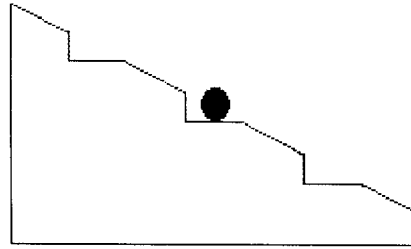
Banalicemos: si la democracia está en condiciones de estabilidad, o sea si es capaz de reproducirse haciendo frente a sus diferentes desafíos, podemos suponer que *debajo* de ella operen redes sin las cuales sus equilibrios actuales podrían ser drásticamente modificados. Denominemos algunas de estas "redes": un capitalismo capaz de renovarse ampliando las fronteras del bienestar social; una relación producción/ecología congruente con la conservación de la vida; una relación sistema/entorno (o, para decirlo brutalmente, áreas centrales y áreas periféricas de la economía mundial) en que los problemas generados en lo exterior no afecten la estructura fundamental del sistema. Debería ser evidente que ninguna de estas redes es independiente de las otras. Y mucho menos en una realidad que desde los años noventa podemos llamar *en vía de globalización*.

El efecto global es ese sistema de redes entrelazadas donde hay momentos en que la pelotita negra de nuestras gráficas -en una superficie en movimiento con varias concavidades- puede *descansar* protegida por el ambiente y otros en que, zarandeada por oleajes globales de distinto origen tendrá que buscar otra oquedad protectora en la red de redes en movimiento. El tránsito de una *concavidad* (equilibrio autocorrectivo) a otra supone un cambio (más o menos profundo) en el funcionamiento del sistema, del entorno o de los dos. Si miramos al tránsito de un equilibrio a otro, resulta inevitable pensar en la "destrucción creadora" de Schumpeter.

Sigamos a Forsé. Se nos presenta otra pareja de posibilidades. Veámoslo, otra vez, gráficamente.



La primera situación expresa una realidad de inestabilidad permanente. La segunda, una secuencia de estados de estabilidad. Pero, aquí también, podemos imaginar una *combinación* de desequilibrio y equilibrio metaestable.



O sea, una situación de tránsitos sucesivos entre ciclos de estabilidad y momentos de *caída* de una situación a otra. Tal vez, los largos ciclos económicos de Kondratief, podrían corresponder a esta situación dinámica. Una situación en que todo éxito económico tiende a descomponerse a medida en que avanza y se difunde sobre una base tecnológica inalterada. El cambio tecnológico operaría aquí como factor de descomposición de equilibrios (productivos y sociales) previos y de recomposición en niveles más altos de productividad.

En este contexto, los momentos de baja entropía serían aquellos en que una estructura se reproduce metabolizando sus diferencias internas en beneficio de la unidad organizadora. Los momentos de alta entropía, en cambio, serían aquellos en que un determinado tipo de equilibrio deja de ser posible a consecuencia del mayor grado de libertad entre los elementos que lo constituyen (y la flecha del tiempo adquiere una parábola incierta).

La tentación de considerar el arreglo molecular alcanzado (en la economía, en la sociedad y en la política) como el punto final está, obviamente, siempre presente. Desde el funcionalismo que hace de la interiorización de los roles una fuerza gravitatoria inescapable. Como si la vida de cualquier organismo no generara nuevas diferencias (a partir de sus relojes internos o del intercambio de energía con el entorno) no fácilmente homologables a las necesidades del sistema. La idea de "fin de la historia" viene de esa misma matriz, ahora santificada por la victoria del binomio capitalismo/democracia sobre el binomio planificación/totalitarismo del comunismo real. Repetimos la biografía de Wellington que, después de Waterloo, también decreta el fin de la historia. Y pocos años después vendría, en la Inglaterra que había derrotado el empuje revolucionario francés, el movimiento cartista, la reforma electoral y la educación pública. Y no hablemos de los cambios en el *entorno*. Volvamos a Balandier: la sociedad está siempre inacabada y sólo existe reaccionando a los retos que provienen tanto de adentro como de afuera de sí misma.

Hace años, refiriéndose a la economía neoclásica, Georgescu-Roegen señalaba que este pensamiento se despliega al interior de una metáfora mecánica ("mechanistic epistemology") que produce una visión del proceso económico como circular y autosostenido; o sea, aislado del ambiente. He aquí el comentario del matemático y economista de origen rumano

Un economista no ortodoxo como yo diría que lo que entra al proceso económico son recursos naturales valiosos y lo que es expulsado de él

son desperdicios inútiles...Desde el punto de vista de la termodinámica, la energía entra al proceso económico en un estado de *baja entropía* y sale de él en un estado de *alta entropía*.<sup>17</sup>

He aquí el puente hacia el siguiente apartado sobre la globalización. Aquello de Georgescu-Roegen nos dice es que de procesos productivos homologados, estandarizados y estudiados en cada uno de sus detalles, sale algo imprevisto: desechos tóxicos. Una *diferencia* difícilmente homologables. Y si hacemos el salto ulterior y suponemos que la basura (en forma de emisiones de gases tóxicos o de desperdicios sólidos) reduce los espacios para la sustentabilidad de ciertos procesos productivos o de ciertas formas colectivas de consumo, entramos directamente en la metáfora de la globalización. O sea, en el reconocimiento del hecho que la barrera de la distancia ha dejado de ser refugio adecuado para aislarse de las consecuencias indeseables de las interdependencias globales. Como si la membrana celular que, en nuestro caso, separa el *primero* del *tercero* mundo, se hubiera al mismo tiempo debilitado y reforzado. Debilitado, por la mayor circulación de productos en los dos sentidos y reforzado, por la creciente disparidad de bienestar entre *sistema* y *entorno*.

### **3. La globalización, o del orden caótico.**

Globalización es palabra de los años noventa. Lo cual no significa que estemos frente a una palabra; estamos frente a un fenómeno antiguo que el léxico asume con asombroso atraso. Por otra parte, vivimos siglos en el capitalismo antes de inventar la palabra. Globalización es palabra que designa un proceso histórico y una toma de conciencia: proceso de construcción de interdependencias más extendidas y reconocimiento de las consecuencias de acciones (de individuos, empresas y Estados) que tienen ahora *desbordamientos* globales. Toma de conciencia (como siempre, con adelantos, retrasos, descarríos y montañas de frivolidades cultas o ingenuas), de que la hendidura de una red la afecta *in toto*, y no solamente los nudos aledaños a la desgarradura. Y una red, bien o mal, se está formando. Objeto de apologías, vituperios y simplificaciones.

No estamos frente a un proceso que pueda resumirse en sus datos económicos pero, más que eso, no estamos frente a un proceso exclusivamente material sino frente a algo más complejo: una alteración profunda de la confianza en la eficacia de las instituciones y las reglas establecidas para enfrentar los retos del presente. Toma de conciencia de la nueva escala de los problemas. Lo que, naturalmente, no excluye resistencias, localismos cargados de viejos orgullos, renovada centralidad de los temas religiosos, nuevos aires de nacionalismo, brotes

<sup>17</sup> Nicholas Georgescu-Roegen, *Energy and Economic Myths*, Pergamon, New York 1976. pp. 53-4.

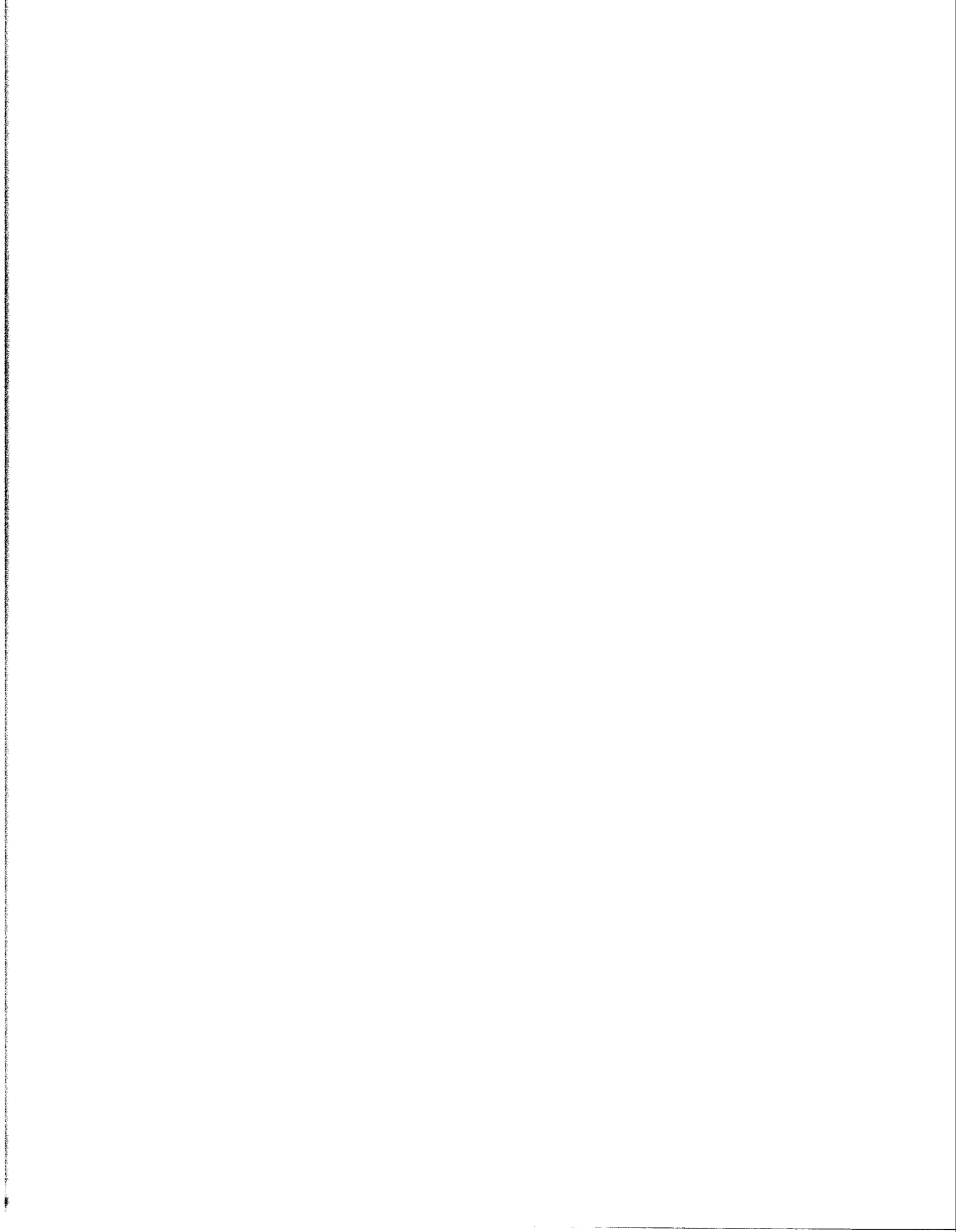


xenofóbicos, integristas de vario tipo, tentaciones aislacionistas y, para completar, cierta facilidad a usar colores sagrados para artillar identidades que, evidentemente, necesitan membranas duras para evitar contagios.

La globalización es un empuje exogámico que, con distintos tiempos y modalidades, embiste zonas crecientes de humanidad. Y es inevitable considerar 1492 como fecha de nacimiento formal y sustancial de esa secuencia de oleajes globalizadores que desde entonces han caracterizado la historia moderna. Desde aquel año la humanidad se asume a sí misma como una unidad más compleja (y real) de aquello que las generaciones precedentes pudieron imaginar. 1492 es el reencuentro de la tribu humana separada. Resumamos una historia de centenares de miles de años en pocas palabras. Ese *Homo erectus* cuyos antepasados habían nacido en el cuerno de África (o más al sur, según recientes investigaciones) puebla el continente a lo largo de miles y miles de años y, cuando abandona África, va hacia Occidente y hacia Oriente. La tribu se ha separado y con el paso de los milenios ya nadie recuerda el lugar desde donde comenzó el camino. Hace algo así como veinte mil años atrás, el *Homo sapiens* (que tal se ha vuelto recorriendo el mundo) *de Oriente* cruza un helado estrecho de mar y comienza a extenderse sobre un continente prácticamente sin límites. La tribu, cuyas *mitades* se habían perdido, se reencuentra consigo misma en 1492 y lo hace como si se enfrentara al enemigo. El *reencuentro* de la tribu separada no solamente es dramático en el choque inicial, sino que deja estructuras sociales (en América y fuera de ella) donde modernidad y arcaísmo (ambas, en parte, en el propio cuerpo de la *mitad* colonizadora) convivirán por siglos y, en cierta medida, hasta la actualidad.

Desde ahí comienza a establecerse la unidad real del mundo y desde ahí los movimientos de hombres, cosas e ideas alrededor del planeta dejan surcos extendidos, entreverados, más o menos profundos. Los actores que, con distintos grados de conciencia, encarnan este impulso exogámico serán -para razonar por grandes señales luminosas- sucesivamente: España, las Provincias Unidas, Inglaterra y Estados Unidos. Catalizadores o aceleradores (y casi siempre beneficiarios) de un proceso de interdependencias globales que afectará vida e ideas de masas crecientes de personas alrededor del planeta.

Llamemos ese proceso, puesto en movimiento desde los albores de la Edad Moderna, *globalización*. Un neologismo que señala la persistencia de energías exogámicas que ya estaban en marcha desde siglos antes de 1492, por ejemplo, en Medio oriente, norte de África y Europa mediterránea. Y será suficiente pensar en los siete siglos de la presencia árabe en parte de la península ibérica para entender la extensión de las fuerzas exogámicas en acto antes del *descubrimiento*, y relativa conquista, de América. Pero, desde entonces, todo se acelera y se extiende y resultará cada vez más difícil hablar de cualquier sistema social sin mencionar el entorno que lo condiciona, lo reta. La magia de lo incontaminado se ha roto para siempre, aunque seguirá todavía por siglos la idea del buen salvaje: el individuo que vive en el mundo y fuera de él. A lo largo del tiempo la globalización (como confrontación y choque de estructuras celulares distintas, entrecruzamiento de



tiempos y de ingenierías diferentes) a veces es detenida por razones tecnológicas o políticas, pero, de alguna manera, siempre se re-anuda.

Hemos usado con cierta insistencia la palabra exogamia. ¿Qué entendemos? Para decirlo rápidamente: la ampliación de la experiencia y la conciencia de la diversidad entretejida en una unidad compleja. Estamos aquí frente a una corriente histórica de mayor contacto entre países y culturas, pero no estamos, sin embargo, al interior de un *continuum* de velocidad uniforme. No siempre quiero reconocer diferencias, no siempre puedo hacerlo, no siempre estoy dispuesto a considerar la diferencia como algo distinto a una amenaza. No siempre la diferencia tiene el *valor* de afirmarse contundentemente, y así los ingleses en India refuerzan, para propio beneficio sistémico, antiguas jerarquías de poder de una sociedad que pretendían (discursivamente) cambiar. Y pasando a la geodinámica, los temblores tienen intensidades diferenciadas en el tiempo y, además, producen efectos distintos dependiendo de la naturaleza de los suelos que sacuden: la antigua cuenca del lago de Texcoco no es lo mismo que el Pedregal, como hemos aprendido por la experiencia.

La construcción de interdependencias globales es cualquier cosa menos un proceso uniforme y de velocidad constante a lo largo de cinco siglos. Y suponerlo nos haría transitar de la historia concreta a irrelevantes generalizaciones *filosóficas*. Estamos frente a un movimiento constituido, según el ángulo temático que se escoja, de aceleraciones, trasplantes exitosos y fallidos, *feedbacks* imprevistos, tensiones, conflictos y periodos de retraso o incluso de parálisis *momentánea*. En vía hipotética, y centrando la atención en comunicaciones y transportes, tal vez sean discernibles dos periodos de aceleración (excluyendo el *contacto inicial* de 1492): el primero, entre fines del siglo XVIII y comienzo del XIX<sup>18</sup> y, el segundo, a partir de las décadas posteriores a la segunda Guerra Mundial. O sea, hoy. El *contacto inicial* pone las condiciones de nuevos impulsos de las fuerzas exogámicas en escena en el teatro de la Modernidad. Una corriente sucesivamente protagonizada por avances tecnológicos que reducen el peso de las distancias en la vida cotidiana, empresas que operan en países distintos del país de origen, interconexión de los mercados de capitales, reducción de las tarifas de comunicación y transporte, flujos migratorios, televisión satelital, Internet, conciencia ecológica, ONG, etcétera.

Existe, sin embargo, una fuerte corriente de opinión que tiende a ver la globalización como el producto de estrategias institucionales y/o empresariales de poder. Una visión que tiende a degradarse en una tesis conspirativa que reduce el presente a un complot de las multinacionales, el Pentágono u Hollywood, dependiendo de preferencia y fobias. Limitémonos a señalar que pasar de Marx a Le Carré tal vez no implique un salto hacia delante en la comprensión de ese proceso

<sup>18</sup> Esta es la tesis que se encuentra en Kevin H. O'Rourke y Jeffrey G. Williamson, *When did Globalization Begin?* NBER Working Papers 7632, Cambridge, MA, Abril 2000. "Globalization Big Bang occurred in the early 19<sup>th</sup> century", p. 26. Lo que es una forma de confundir un problema de aceleración con un problema de definición del objeto.

que, no obstante cinco siglos *formativos*, sigue (y hoy es más evidente que nunca antes) en sus inicios. Las lecturas conspirativas de la historia pierden siempre lo central: las razones por la que los diseños ocultos (suponiendo que estén siempre ahí) a veces son exitosos y a veces fracasan.

Intentemos un rápido recorrido por los datos que constituyen algunas de las coordenadas entre las cuales la globalización parecería definir sus perfiles en el actual ciclo histórico.

- En el curso de los noventa, el peso relativo del comercio internacional de bienes frente al PIB mundial pasa de 22 a 27 por ciento (en Europa, de 39 a 53 por ciento).
- En el mismo periodo, y siempre a escala mundial, el peso relativo de la Inversión Extranjera Directa en la formación bruta de capital, pasa de 4 a 10 por ciento (en América Latina de 4 a 22 por ciento y en Asia oriental, de 4 a 10 por ciento).
- La población nacida en el exterior y que vive en algún país de la OCDE registra un incremento progresivo en los noventa respecto al total de la población. Y pasa de 8 a 10 por ciento en Estados Unidos, de 6 a 9 por ciento en Austria, de 8 a 9 por ciento en Alemania, de 0.7 a 1.5 por ciento en España, etcétera.<sup>19</sup>
- En los últimos veinte años del siglo recién pasado, el número total de turistas en el mundo pasa de 266 a 697 millones de personas, con un incremento medio anual superior a 4 por ciento.<sup>20</sup>
- Telecomunicaciones. La TV satelital tenía menos de 10 millones de usuarios a fines de los años 80; una década después tiene alrededor de 40 millones de usuarios. Por su parte, Internet pasa de diez a 70 millones de "hosts" apenas en los últimos cuatro años de los noventa.
- Un dato relevante viene del considerable incremento en las importaciones de periódicos y revistas. Algunos casos, comparando 1990 con 1995. En Argentina se pasa de 3 a 16 millones de dólares; en Japón, de 112 a 182; en Italia, de 51 a 169; en España, de 82 a 154; en Estados Unidos, de 193 a 236.

A esa larga galería de datos, sólo hay que añadir un elemento más, sobre el cual ahorraremos al lector nuevos datos cuantitativos. Nos referimos a la proliferación de ONG que operan en terrenos internacionales (*Greenpeace* y *Amnesty International*, como obvios ejemplos) y a la creciente importancia de agencias privadas calificadoras. A lo que habría que añadir la OMC que ejerce funciones de judicialización del comercio internacional y una multiplicidad de otros

<sup>19</sup> Los datos de estos primeros tres puntos provienen de Banco Mundial. *World Development Indicators 2001*.

<sup>20</sup> *World Development Indicators 2000*.

ejemplos que, de una u otra forma, apuntan a la progresiva formación de los que podríamos denominar sociedad civil global.

¿En qué sentido ese conjunto de elementos modifica la situación previa? En muchos y trascendentales, aunque resulte especialmente complejo prever líneas evolutivas a partir de un presente tan *inquieto*. Razonemos a partir de Bertalanffy. En sus palabras, el mundo se presenta como una *organización* que trabaja bajo una lógica de estímulo-respuesta.<sup>21</sup> Una combinación de Toynbee y teoría de sistemas. Si entendemos la palabra organización no en un sentido mecánico sino en uno bioquímico -donde la lógica estímulo/respuesta opera entre reacciones químicas múltiples y complejas-, la imagen no parece inadecuada al proceso bajo observación. Señalemos tres aspectos de alguna manera novedosos.

En primer lugar: la dificultad misma de separar analíticamente (y mucho más, empíricamente) causas y efectos, estímulos y respuestas. Los papeles en ocasiones se revierten produciendo líneas evolutivas y problemas casi nunca deductibles de la situación previa. Como si Dios jugara a dados. La multiplicidad de los *efectos* de retroalimentación abastece una red de dependencias y contagios cruzados donde poderes catalíticos durmientes pueden magnificar en proporciones inéditas *acontecimientos* aparentemente marginales. El viento nos dice en qué dirección es probable que caiga la hoja, pero ningún modelo matemático, por tan sofisticado que sea, podrá decirnos con precisión donde se impactará en el suelo. Y no es aventurado suponer que las cosas se presenten en forma más compleja frente a corrientes tan diversas que se cruzan en el presente impulso globalizador.

En segundo lugar, la aceleración de los tiempos, lo que implica un dramático acortamiento del espacio temporal para reacciones "eficaces" en un contexto en movimiento. Cuando veinte años se parecen a sesenta, como condensación de *acontecimientos*, la línea del horizonte se acerca demasiado aprisa para saber siempre qué hacer. Sobre todo cuando, como ahora, los perfiles del horizonte que se acerca casi nunca son anticipados por los sistemas de localización electrónica de abordó. Y, como es inevitable en esta situación, algunos respetables científicos sociales se dedican con entusiasmo a producir elegantes teorías formales para demostrar que, en la incertidumbre, el mejor curso de acción consiste en no hacer nada, o casi. Una reacción comprensible frente a las nuevas complejidades de la realidad. Sin embargo, no estamos aquí frente a una enfermedad del espíritu sino frente a dificultades objetivas de la inteligencia y de la acción. Los vacíos de la política reflejan, de alguna manera, un gigantesco cambio de escala de los problemas y las urgencias.

En tercer lugar, la escasa predecibilidad de las consecuencias y ramificaciones de la acción. Una situación en que el problema no es sólo el de la complejidad de las reacciones químicas al interior de ese cuerpo global en formación, sino el hecho mismo que esté *en formación*. Y es precisamente eso lo

<sup>21</sup> Ludwig von Bertalanffy, *Teoría general de los sistemas*, FCE. México 1976 (Ed. Or.: Braziller. Nueva York 1968). p. 196.

que reduce la capacidad predictiva de cualquier visión apriorista. La acción o la falta de acción impactan hoy más que ayer. Dicho en síntesis: la inercia explica hoy menos que ayer. Lo cual no significa la disolución del pasado sino, por el contrario, su mayor turbulencia subterránea en respuesta a los cambios y los problemas del presente.

Pero, más allá de las nuevas complejidades asociadas a una *planetarización* de la lógica estímulo-respuesta (lo que implica la mezcla de tiempos correspondientes a estructuras sociales reguladas por valores y comportamientos diferentes), la aceleración de las interdependencias extiende los espacios en que opera. Estamos frente a un cuerpo en formación donde parecerían ser cada vez menos los fenómenos sin impactos sobre el conjunto. Vale para la globalización algo similar a lo que ocurre en la célula. Leamos a Maturana y Varela

No es que primero haya borde y luego dinámica (membrana y metabolismo celular, up), y luego borde, etc. Estamos hablando de un tipo de fenómeno donde la posibilidad de distinguir un algo del todo depende de la integridad de los procesos que lo hacen posible. ¡Interrumpamos (en algunos puntos) la red metabólica celular y encontraremos que no tenemos, después de un tiempo, más unidad de la que hablar!.<sup>22</sup>

O sea: globalización como homologación heterónoma, convergencia (como reconocimiento de la unidad) en medio de diferencias viejas y nuevas. Pero, hasta ahora hemos hablado de interdependencias globales como si los jugadores internacionales dispusieran todos ellos de las mismas cartas. Y obviamente no es así. Será suficiente mencionar que, en una edad en que la capacidad competitiva y el nivel de protagonismo global dependen críticamente de la innovación, los gastos en R&D se concentran, en más de 95 por ciento, en un puñado de países desarrollados.<sup>23</sup>

Volvamos a la metáfora de núcleo y citoplasma o, si se quiere, a la de sistema y entorno. Pocas dudas caben en que el principal actor de la globalización en el medio milenio que nos precede es el núcleo, Europa, el *sistema*, Occidente, el capitalismo o como queramos identificar los principales impulsos *iniciales*. La globalización se gesta fundamentalmente ahí, al interior de una Modernidad que derrama sobre el mundo sus propias necesidades (adquisiciones o fantasías) que, a veces, empalman de alguna manera (Japón y Malasia como ejemplos) con las del

<sup>22</sup> Humberto Maturana, Francisco Varela, *El árbol del conocimiento (las bases biológicas del entendimiento humano)*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1986 (1ª ed.: 1984), p. 28.

<sup>23</sup> V. Michael Porter, C. Roland Christensen, Gregory C. Bond, *Innovative capacity and prosperity: the next competitiveness challenge*, en World Economic Forum, "The Global Competitiveness Report 1999", donde se muestra una correlación de 0.92 entre patentes (por millones de personas) y PIB per capita a fines del siglo XX, pp. 59-60.

entorno, y a veces, no. De cualquier manera, este impulso a ampliar el círculo de los negocios, las posesiones territoriales ultramar o las alianzas estratégicas (obviamente unidas con economías altamente productivas y medios militares poderosos), activa reacciones múltiples y cambios regionales-globales en los que la flecha del tiempo se descompone en una miríada de acontecimientos con impacto inmediato sobre la frontera móvil entre presente y futuro. Una cosa es segura: lo *nuevo* que penetra en sociedades diferentes a la europea ya no podrá ser removido. No se regresa del *después* al *antes* (ni en la termodinámica ni en la sociedad), salvo en los sueños religiosos de recuperación del paraíso perdido.

Por siglos, la presencia occidental en el mundo bajo la forma colonial, ciertamente no favoreció las (eventuales) capacidades innovativas de las sociedades en condición de coloniaje. Europa, en sus varias denominaciones nacionales, cumplió aquí un doble papel: mostrar al mundo su imbatible superioridad tecnológica y productiva y trabar a lo largo de siglos la posibilidad que el "tercer mundo" pudiera seguir el mismo camino o alguno similar. Pero, desde algún momento en la segunda mitad del siglo XX, las cosas cambian: nuestra contemporánea oleada de globalización avanza en una lógica distinta a la del pasado, que fue, en la sustancia, de suma cero en las relaciones sistema/entorno. Asia oriental está ahí a demostrar (no obstante sus cercanos descabros financieros) que participar de los grandes juegos mundiales de la globalización puede ser el único camino de desarrollo para los países *del entorno*. Lo que requirió, sin embargo, capacidades, voluntades y oportunidades de cambio que no están distribuidas de manera uniforme en el espacio mundial. Corea, para mencionar un país de la región, usó ciertos instrumentos y tuvo éxito. Otros, en otras partes del mundo, intentaron recetas similares y no tuvieron éxito. Y para que nada sea de lectura sencilla: por una región que sale exitosamente de un pasado de miseria y guerras devastadoras hay otra, Africa, que se hunde en el oleaje de la globalización. O mejor, en la propia incapacidad para navegar en mar abierto. ¿Poco tiempo desde la descolonización? ¿Una política demasiado protagónica frente a las energías sociales potenciales? ¿Una institucionalización eternamente precaria? Lo que haya sido en los países africanos, es más evidente aquí que en otras partes la descoordinación de los relojes. O sea, el propio y el *mundial*.

Frente a este último (en orden de tiempo) oleaje de desarrollo occidental fuera de Occidente (hecho posible por la contemporánea revolución tecnológica, por la caída de las barreras al comercio y al movimiento internacional de capitales y, obviamente, la caída de un poderoso adversario ideológico<sup>24</sup> se desgranar amplias variedades de procesos adaptativos o de rechazo. Occidente exporta al mundo una

<sup>24</sup> Acerca de la liberalización de los movimientos internacionales de capital, mencionemos al margen que estamos aquí frente a una realidad reciente. Alemania y EU eliminan sus sistemas de control de capitales en 1973. Japón y el Reino Unido lo hacen hacia fines de la década y la mayoría de los otros países europeos hacia fines de los 80. Asia oriental (bajo presión de EU) liberaliza sus mercados financieros a comienzo de los años 90 y las consecuencias, a juzgar por 1997, no serán positivas.

organización social cuyas mayores señales luminosas son Capitalismo y Democracia. Y evidentemente ninguna de las dos es prêt-à-porter en realidades sociales con *anticuerpos* poderosos en las estructuras económico-políticas, en los sistemas de valores, en las prácticas sociales. Capitalismo significa competencia regulada; democracia significa conflicto regulado; una simbiosis antigua y nunca estable y, de cualquier manera, difícilmente transferible dentro de historias diferentes.

Las resistencias son poderosas. En sus formas extremas, expresan un deseo de anclar la propia tribu (nacional, étnica o religiosa) a una virtud puesta fuera del tiempo, o sea, en realidad, anclada al pasado. Frente a la dificultad de coordinar los relojes, en distintas partes del mundo se tiende a sacrificar la propia específica hora (a menudo, pasada). Una tentación que supone altos costos, como la ampliación de las distancias de bienestar entre *núcleo* y *entorno*. Y aunque esto se parezca a los cinismos del divino marqués (o diabólico, según preferencias), ninguna virtud (por tan rodeada que esté de símbolos sacros) es sostenible en el largo plazo si no encuentra una forma para producir más y distribuir mejor. Para que el mundo reconozca la *virtud*, necesita venir acompañada de acero, cereales, ingenieros y aumento en la calidad de la vida. Y más aún en tiempos en que las comparaciones de estilos de vida están permanentemente al orden del día gracias a TV, turismo, Internet u Hollywood.

Pero lo dicho hasta aquí no nos dice mucho sobre el futuro de la actual ola alta de la globalización. Intentemos algunas observaciones. Tenemos frente a nosotros dos incógnitas mayores. La primera: ¿qué clase de nuevos equilibrios globales podrán construirse en el futuro entre *sistema* y *entorno* que hagan posible estabilidad política y mayor desarrollo en los dos? La segunda: ¿qué clase de equilibrio terminará por establecerse entre Estado y mercado a escala global? O sea, entre apertura a las nuevas dimensiones geográficas de la actividad económica y necesidad de regulación política para evitar daños ecológicos, sociales o políticos con consecuencias globales indeseables. Y, naturalmente, entre estas dos preguntas (todavía sin respuestas en la actualidad) sigue una multiplicidad de otras.

Pocas veces como hoy, si es que alguna, hemos estado rodeados por una inteligencia científico-tecnológica tan creativa<sup>25</sup> y una voluntad política tan claramente retrasada respecto a las nuevas condiciones y retos del presente. Intervenimos sobre las células, sobre los patrimonios genéticos de plantas y animales, pero frente a nuestra propia organización colectiva sentimos casi una deferencia temerosa. Lo que es más comprensible en periodos de *normalidad* que en momentos de aceleración y ampliación de los cambios, cuando comienzan a ser patentes las consecuencias de largo plazo de las inercias presentes. Inercias especialmente peligrosas en dos terrenos interconectados: la miseria (recordemos de paso que uno de cada dos habitantes de este planeta vive con menos de dos dólares

<sup>25</sup> Recordemos de paso que el número de científicos actualmente en acción es mayor a la suma de los científicos en la entera historia de la humanidad.



al día) y el problema ecológico. Pero, en periodos revolucionarios, que alteran equilibrios consolidados entre empresas, países y grupos sociales, los cambios políticos que pretendan poblar de nuevas reglas una sociedad global en formación, se enfrentan a las resistencias que provienen de un pasado que (en las estructuras sociales y en las mentes) está *probado* y, por consiguiente, anestesia frente a las nuevas tareas sistémicas. Pero evitemos contundencias excesivas. En realidad, ha habido en décadas recientes avances sustanciales en la creación de instituciones capaces de hacerse cargo de tareas de regulación global o regional y, conteniendo la lista a las luces más brillantes: la Unión Europea, en obvio primer lugar, el surgimiento de instancias globales que anuncian una sociedad civil transnacional (Amnesty International, Greenpeace, Médicos sin frontera, etc.), el Protocolo de Kyoto sobre emisión de gases tóxicos (no suscrito por Estados Unidos), el Tribunal Penal Internacional (no suscrito por Estados Unidos), la judicialización del comercio internacional de parte del WTO, NAFTA, APEC, etcétera.

En este contexto, lo dicho anteriormente acerca de la escasa creatividad política global necesita contextualizarse: el retardo de regulación de la nueva *sociedad global* en proceso formativo no es sinónimo de parálisis. Apuntemos al margen que la no suscripción de parte de Estados Unidos de importantes acuerdos globales sobre aspectos sensibles, parece indicar más que una tentación aislacionista (que, sin embargo, persiste en el subsuelo de la cultura estadounidense), un retardo cultural-político en la comprensión de las tareas del presente. El orgullo nacional, de bases históricas relativamente recientes, persiste aquí, condicionando en negativo la capacidad políticamente innovadora a escala global. La voluntad de mantener lo más posible las propias manos libres en un contexto que impone responsabilidades globales no es el mejor indicador de la percepción de la importancia de estas responsabilidades. Una inercia nacional-imperial, podríamos, tal vez, decir. Y habrá que añadir que, entre los muchos fulgores parpadeantes en el escenario global, esta es una luz roja especialmente preocupante, considerando el persistente peso de EU en el mundo.

Pero volvamos al tema general: el retardo de los políticos en expresar creativamente las necesidades de su época, nos remite a las dificultades objetivas (enriquecidas por el desconcierto) acerca de las formas de operación y la eficacia de la acción política en un contexto global cuyos esquemas inter-nacionales corresponden a una fase previa en que las dependencias cruzadas no alcanzaban la difusión e intensidad actuales.<sup>26</sup> Sin considerar el gigantesco poder de intereses trabados en equilibrios más o menos conocidos. La complejidad del presente,

<sup>26</sup> Una situación que, pensando más en los aspectos internos que en los globales. Christopher Lasch expresaba en términos de *Rebelión de las élites* (Paidós, Barcelona 1996; ed. Or.: W.W. Norton, Nueva York 1995). Pero, tanto en el aspecto nacional como en el global, la creciente dificultad de parte de los dirigentes políticos en indicar perspectivas de acción, tiene las mismas características: la apología del mercado como el mecanismo autorregulador de mayor eficacia. El mercado, al mismo tiempo, como ancla y Deus ex machina; una especie de anestesia frente a retos cuya solución no está inscrita en el código genético ni de la "realidad" ni del mercado.

además de las inevitables inercias, opera como una resistencia objetiva a modificar arquitecturas políticas (nacionales e inter-nacionales) experimentadas.

Que a menudo los políticos (el sector de la sociedad encargado de *dirigirla*) se retrotraigan desconcertados frente a la conciencia de las nuevas repercusiones globales de sus decisiones, produce una especie de desconfianza en la propia creatividad propositiva, como una tentación a dejarse llevar por la corriente global. Una especie de *síndrome de Zelig*, pensando en la película de Woody Allen que trata justamente de alguien que necesita mimetizarse en la medianía dominante hasta llegar al nivel de Zelig, un *extremista de la normalidad*. Pero ¿qué es lo hace especialmente fuerte la *normalidad* contemporánea hasta el punto de revelar los reducidos márgenes de maniobra de los políticos? La respuesta necesita recorrer dos caminos diferentes. De una parte, el peso inercial de clases medias arraigadas alrededor de ciertas pautas de consumo y de vida, que no toleran sino apenas cambios marginales. Y de la otra, los vínculos globales que estrechan los espacios para la creatividad política *local*. Así que, desde *adentro* y desde *afuera*, la política es vista con suspicacia, más fuente de problemas que de soluciones.

En un contexto de mayor competencia global, innovaciones continuas y libre circulación de capitales, los espacios para decisiones desviadas de la norma consuetudinaria se contraen. Y se establece una especie de trade off entre mayor libertad de la economía (global) y estrechamiento de las bandas entre las que puede operar la política (nacional). Donde el capital es libre de moverse, la política fiscal se enfrenta a un escenario, así va la sabiduría corriente, que la obliga a mantenerse en línea<sup>27</sup> con la medianía global o a establecer compensaciones de vario tipo. En la afortunada imagen de Thomas Friedman, es la *camisa de fuerza dorada* (*golden straitjacket*). Veamos como describe su autor a ese acrecentado sistema de vínculos globales construidos alrededor de un capitalismo tan territorialmente expansivo como técnicamente innovador. He aquí los requisitos que la nueva situación impone a cada país:

...making the private sector the primary engine of its economic growth, maintaining a low rate of inflation and price stability, shrinking the size of its state bureaucracy, maintaining as close to a balanced budget as possible, if not a surplus, eliminating and lowering tariffs on imported goods, removing restrictions on foreign investment, getting rid of quotas and domestic monopolies, increasing exports, privatizing state-owned industries and utilities, deregulating capital markets, making its currency convertible, opening its industries, stock, and bond markets to direct foreign ownership and

<sup>27</sup> Un argumento que opera al margen de los comportamientos financieros y que no puede ser asumido como un factor de consecuencias unívocas. Ya que, si fuera así, no se explicaría la persistencia (en medio de un ciclo histórico de aceleración de los vínculos globales) de cargas fiscales tan diferenciadas entre la UE, de una parte, y EU, de la otra.

investment, deregulating its economy to promote as much domestic competition as possible, eliminating government corruption, subsidies and kickbacks as much as possible, opening its banking and telecommunication systems [...]When you stitch all these pieces together you have the Golden Straitjacket.<sup>28</sup>

Después de lo cual, en palabras del autor, las opciones políticas disponibles quedan reducidas a: Pepsi o Coca. Una conclusión, obviamente, discutible. Ninguna fuerza homologadora tiene el poder de convertir las diferencias en un asunto tan trivial. De cualquier manera, ahí está el nuevo sistema de vínculos. Y dejaremos de lado por el momento el tema escabroso de saber cuánta parte de ellos corresponde a una situación objetiva con una poderosa energía homologadora, y cuánta parte constituye, en cambio, una especie de canon correspondiente a la visión que tiene el universo de los negocios acerca de las necesidades propias y globales. Como quiera que sea, el mensaje no deja dudas: si quiere usted desarrollarse y tener un lugar en la repartición de pesos y poderes globales, estas son las condiciones generales. Broadly speaking.

Sin embargo, mientras nuestra contemporánea ola globalizadora aceleraba sus ritmos, varios países de Asia oriental construían maquinarias de desarrollo con amplios márgenes de libertad frente al *canon occidental* simplificado por Friedman. Para no mencionar las persistentes diferencias anatómicas y fisiológicas entre capitalismo europeo y estadounidense que, globalización o no, se conservan. Dicho de otra forma: las diferencias persisten, pero lo hacen al interior de una corriente que tiende a estrechar los espacios de las posibles anomalías en términos de estrategias. A reforzar el canon, como se dijo, están Moody's o Standard and Poor's que cumplen, con persistencia y éxitos variados, la tarea de señalar los países en los que podría ser imprudente, arriesgado o masoquista invertir dinero. Y, obviamente, la satanización es parte de cualquier canon que se respete.

Pero hay una coincidencia: la mayor frecuencia de crisis financieras con potencial de irradiación global o regional en el curso de los años 90, conjuntamente con la mayor extensión y profundidad de los mercados internacionales de capitales. Con instrumentos derivados, apalancamientos, futuros, fondos de cobertura, etc., los mercados financieros se han dotado de instrumentos flexibles, redes de dependencia cruzada y ámbitos de acción tan extendidos como nunca antes. Y, como en toda red, la inestabilidad en algún punto tiende, inevitablemente, a extenderse sobre los componentes reales de la economía de enteros países o regiones del mundo. Ninguna novedad en eso. La mayor novedad está en la escala de las oportunidades y de los riesgos. Pero, siguiendo a DeRosa, podríamos decir que las crisis financieras no se dan por razones endógenas a los mercados sino por la existencia de malos deudores, cuyas políticas erróneas (tipos de cambio fijos, *in primis*) pueden acarrear

<sup>28</sup> Thomas L. Friedman, *The Lexus and the Olive Tree*. Farrar Straus Giroux. New York 1999. p. 87.

estampidas de capitales que obligan los países a sobrecorrecciones cambiarias con graves impactos sobre el gasto público para controlar las subyacentes tensiones inflacionarias. Los desastres son *homemade*, según DeRosa,<sup>29</sup> y no tienen nada que ver con alguna inestabilidad inherente a los mercados financieros globales. Sin enfrentar este tema, sobre el cual es legítima más que una duda, el hecho sustantivo es que la década de mayor liberalización financiera en la historia moderna correspondió con una secuela de crisis con un alto (si bien diferenciado) potencial de irradiación: la libra esterlina en 1992, México en diciembre 1994 y, a partir de julio 1997, Tailandia, Malasia, Corea del sur e Indonesia. Rusia en el verano de 1998, Argentina en 2002.

El tema de los factores endógenos de inestabilidad de los mercados financieros nos remite, con diferentes modalidades, a lo que podríamos indicar como un persistente *síndrome del bulbo de tulipán*, pensando en el famoso crack financiero holandés de hace casi cuatro siglos. O sea, los pecados de una especulación que se alimenta a sí misma hasta el momento en que el entusiasmo financiero es regresado brutalmente a la realidad. Limitémonos al problema del cambio de escala. Hace décadas podían perder sus capitales algunos miles de inversionistas audaces (o descabellados); ahora son enteros países los que, a consecuencia de un súbito cambio de ruta de los capitales internacionales, pueden verse en situaciones desastrosas. Los desamores financieros pueden ser ahora mortales para decenas (o más) de millones de personas. Pero, se dice, ya no estamos en los tiempos de los bulbos de tulipán. Cierto, hoy existen reglas, empresas calificadoras, organismos públicos encargados de vigilar la salud de las instituciones financieras. Salvo que no se entiende, entonces, la razón por la que no hubo señales de alarma institucional o privada frente a los desastres bancarios francés o mexicano, o ante la avalancha de quiebras y rescates costosísimos de los *Save and Loans*<sup>30</sup> en los 80 y de *Salomon Brothers* o *Long-Term Capital Management* en los 90. Para no hablar de Enron, World-Com y demás muestras de que los sistemas públicos (y privados) de vigilancia sobre empresas que concentran gran parte del ahorro público, son coladeras vergonzosas en diferentes partes del mundo.<sup>31</sup> Y en lo que concierne a los mecanismos de crédito oficial (y en especial el FMI), no siempre su acción contribuye a restablecer condiciones de equilibrio y de crecimiento en los países que

<sup>29</sup> David DeRosa. *In Defense of Free Trade Capital Markets*. Bloomberg Press. Princeton 2001. pp. 13 y 196.

<sup>30</sup> V. Paul Krugman. *The Age of Diminished Expectations*. MIT Press. 1999 (Ed. Or.: 1994). pp. 157s.

<sup>31</sup> Refiriéndose a Wall Street, un editorial reciente de "The Economist" (8 junio 2002). señala: "Then there are the continuing reverberations from the troubles of Enron, Global Crossing and (this week's casualty) Tyco, plus a string of lesser company meltdown, which have directed new attention to the ills of personal greed, lousy accounts and inadequate surveillance".

solicitan ayuda.<sup>32</sup> Como, en el contexto de la crisis asiática de fines de los noventa, fue evidente.

Las crisis financieras nos permiten introducir otro aspecto: la dimensión global de las nuevas externalidades negativas. Las mismas actividades que permiten altos niveles de empleo se basan sobre procesos y modos de consumo con impactos crecientemente adversos a la conservación de los equilibrios ambientales de la vida. La circulación de capitales a escala global permite hoy mayores posibilidades que ayer de que una parte de esa riqueza circulante en el mundo beneficie varios países en desarrollo. Sin embargo, las sobrerreacciones de los inversionistas foráneos pueden hacer hoy daños considerablemente mayores que ayer. Lo que revela uno de los datos centrales del presente: a economías y sociedades que aceleran sus contactos con el resto del mundo, no corresponde todavía una comparable extensión de reglas que permitan limitar los daños de externalidades negativas con un gran poder de irradiación global: desde las crisis financieras a los daños ecológicos, desde el terrorismo y los flujos migratorios incontrolados.

Un estudioso se pregunta: "¿Can markets become international while politics remains local?".<sup>33</sup> Temores, cautelas, inercias y desconciertos se entremezclan para contener el empuje al gran salto hacia nuevas formas de política y responsabilidad posnacionales. Y a propósito de temores, tal vez no esté fuera de lugar, recordar que, en su momento, el Welfare state, que alteraba profundamente la fisiología del capitalismo, no asesinó a la economía industrial y, por el contrario, le dio impulsos anteriormente inimaginables. Y no se ven razones inexorables por las cuales alguna clase de nuevo *welfare global* no tenga que traspasar las fronteras nacionales de los países desarrollados, mientras en los países beneficiarios se asumen compromisos de democracia, de apertura exterior y de serias políticas económicas proyectadas al desarrollo y al cometido ecológico.

¿De dónde obtener los recursos para financiar el apoyo oficial al desarrollo de las áreas más atrasadas del planeta? El primer paso es casi obligado y consiste en poner algún peso fiscal sobre las alas de Ícaro de la especulación financiera. La famosa propuesta de Tobin, o que tendría el doble beneficio de contener (marginalmente) las excesivas oscilaciones al alza de los mercados y dotar el mundo de fondos esenciales para el desarrollo económico de un Sur fuente de tensiones y antagonismos con evidentes (sobre todo después del 11 de septiembre) capacidades de irradiación global. Con la introducción de algún sistema de fiscalización de los movimientos de capitales especulativos, no se trata de tapar la fuente esencial para el financiamiento de las actividades más arriesgadas, en el Sur como en el Norte.

<sup>32</sup> A este propósito constituye una lectura interesante Joseph Stiglitz. *The Insider*. The New Republic. 17 abril 2000, donde el autor critica la política del FMI en la crisis asiática abierta en 1997 y las presiones del FMI y del departamento del Tesoro estadounidense acerca de los procesos de privatización en Rusia. pp. 56-60.

<sup>33</sup> Dani Rodrik. *Governance of Economic Globalization*, en Joseph Nye, John D. Donahue (Eds.), *Governance in a Globalizing World*. Brookings Institution Press. Washington 2000. p. 351.

Mientras el capitalismo sea nuestra inescapable fuerza gravitatoria, los mercados de capital seguirán desempeñando un papel esencial. Sin embargo, la ideología dominante tiende a establecer un *trade off* químicamente demasiado puro: a mayor regulación pública, menor creación de riqueza. Haciendo a un lado el hecho que esto podría ser correcto en ciertos periodos y falso en otros (la historia real es un permanente dolor de cabeza para las ideologías), el problema central es que una mayor interdependencia tiende a producir un organismo en el cual, cualesquiera que sea el origen del sufrimiento, tiende a extenderse (en formas diferenciadas) al todo. Hasta ahora, lo único obvio es que la distancia reduce el umbral del dolor senegalés en la percepción de un ciudadano finlandés (para escoger dos países al azar). Pero es igualmente obvio que:

- La violación sistemática de los derechos humanos en alguna parte alimentará oleadas migratorias al resto del mundo, que ahí se enterará, si no le fue posible hacerlo antes, de los dolores ajenos.
- La desertificación del planeta supondrá mayor ayuda alimentaria de parte de los países desarrollados y el abandono de potencialmente importantes recursos naturales de las áreas en desarrollo.
- Amazonas, las selvas del Borneo o la tundra ruso-sueco-finlandesa, no pueden tratarse (sin pagar altos costos globales) como temas de estricta soberanía nacional.
- Las políticas económicas con insuficiente control social o internacional pueden profundizar la miseria en cualquier país y tener consecuencias adversas sobre sus vecinos, y, si el país es suficientemente importante, sobre el mundo.
- Las pautas de consumo y de producción que aseguran empleo y bienestar a muchos producen externalidades negativas que afectan a muchos otros. Pero, por el momento, las resistencias a experimentar fórmulas diversas de producción y consumo siguen siendo dominantes.

Más allá de ciertos estadios iniciales, una mayor interdependencia impone un salto en la conciencia de las nuevas responsabilidades que todo mundo asume en una red donde el bienestar de todos tiende a beneficiar a todos (salvo ajustes estructurales de corto-mediano plazo), así como el malestar de algunos tiende a afectar, en distintas formas, al conjunto. Este es uno de los grandes cambios de nuestra actualidad: con Internet, terrorismo (y todo lo demás) los juegos a suma cero han dejado de ser sostenibles en el largo plazo. Sin embargo la cultura dominante parecería vivir en el margen extremo de sus verdades parciales. Y en ese mismo margen, tiene razón Friedman cuando escribe polémicamente:

Yes sir, nobody in Liberia pays taxes. There is no gun control in Angola. There's no welfare as we know it in Burundi and no

big government to interfere in the market in Rwanda. But a lot of their people sure wish there were.

(...)

'We are not an american company. We are IBM US, IBM Canada, IBM Australia, IBM China'. Oh yeah? Well, then, the next time IBM China gets in trouble in China, call Jiang Zemin for help.<sup>34</sup>

Ambos argumentos ponen en evidencia la necesidad de un sistema de reglas globales pensado en términos de reducción de riesgos *sistémicos*. Lo que ampliaría en el largo plazo, en lugar que restringir, los espacios de bienestar y seguridad (y libertad, en varios casos) sin los cuales las empresas y la cultura de la innovación se asfixian.

Esa misma creatividad tecnológica y empresarial que hoy nos empuja brutalmente hacia delante, ampliando nuestras fronteras de necesidades y posibilidades, tiende, en la ola de sus éxitos, a considerar las propias virtudes, virtudes universales sin sombra y, por consiguiente, a colonizar todos los espacios, incluida la política. Y sin embargo, no es fácil imaginar como una lógica de pesos y centavos (para decirlo con alguna brutalidad) pueda encarnar tareas de extensión posnacional de la responsabilidad (hasta ahora, cuando va bien, nacional) que suponen vínculos y compromisos sobre ese purasangre desbocado que es, periódicamente, el capitalismo. Alguna nueva síntesis (sistémicamente mejor que la actual) entre estos dos polos terminará por establecerse: Poder y Riqueza no pueden vivir en el enfrentamiento entre urgencia tan enfrentadas. El Poder a lo largo del siglo XX ha dado muestras mixtas de éxitos y fracasos, pero está (o debería estar) fuera de discusión que una cultura política excesivamente guiada por el espíritu managerial tenderá a privilegiar las señales del mercado en contra de las señales procedentes del terrorismo, la desertificación, los cambios climáticos, el envenenamiento de la atmósfera, etcétera.<sup>35</sup> Y podría revelarse esta, una forma demasiado costosa de aprendizaje.

Anthony Giddens sintetiza toda la materia en una fórmula: "El gobierno, la economía y la sociedad civil han de estar equilibrados. Si una domina sobre las otras, las consecuencias son nefastas". Lo cual parece tan obvio como bien dicho y vale tanto al interior de las fronteras nacionales como, hoy, afuera de ellas. Añadamos, en afán de esclarecimiento del asunto, que extender y profundizar las redes globales de solidaridad (entre otras cosas, para evitar que las consecuencias globales de los dolores en alguna parte del organismo, lleven otras a añorar su

<sup>34</sup> Thomas L. Friedman, *Op.Cit.*, pp. 350 y 374

<sup>35</sup> Escuchado en un noticiero de la televisión italiana a inicios de junio 2002: al entrevistador que le pregunta su opinión sobre el debate en curso acerca de la prohibición o autorización de los alimentos transgénicos en Europa, el representante de una organización de productores, contesta: que sea el mercado a decidir. Lo cual parece francamente excesivo.

*soberanía* nacional) significa dos líneas de acción decisivas: la introducción de algún mecanismo fiscal a los movimientos internacionales de los capitales de corto plazo (para financiar proyectos de desarrollo en distintas partes del mundo) y la reforma progresiva de estilos de vida, producción y consumo que se vuelven cada vez más perniciosos para la conservación de la vida misma, sobre todo si nuestra *moderna* forma de producción y de vida se extendiera a otros centenares de millones de seres humanos en las próximas décadas.

Dicho así, lo anterior asume tonos catastrófico-apocalípticos. Pero, podemos suponer que frente a un futuro incierto y cargado de riesgos globales, sea prospectivamente menos costoso el alarmismo que el encubrimiento. Sobre todo si se compara la marcha de los acontecimientos con la lentitud de la política en asumirlos como retos que requieren respuestas inéditas. Frente a la escala de los nuevos problemas, la escala de nuestras respuestas sigue estando atrás. Y suponer que la cooperación entre las mayores naciones del mundo pueda compensar la ausencia de acuerdos formales a escala global, expresa una cultura dominante que hace de la ligereza institucional una especie de alfa y omega de (casi) todas las posibles virtudes.<sup>36</sup> Los compromisos son ataduras, la libertad es riqueza y lo demás se resolverá solo. Y la ideología campea.

Si la globalización es camino hacia una mayor mutua dependencia, el reconocimiento de las consecuencias políticas de esta realidad sigue siendo incierto. La fuerza gravitatoria de una cultura política de (re)pitamos: cuando va bien) responsabilidad nacional no es inercia fácil a vencer. Y además, recorrer el camino hacia nuevas reglas globales es ruta cargada de trampas, de posibles, y costosos, errores y lecturas equivocadas de los signos de los tiempos. Pero más arriesgado podría ser el predominio de una cultura managerial que tiende a anestesiar las fallas sistémicas de una combinación de economía global y política nacional. Una nación apenas disponible, a lo sumo y en ocasiones, a contribuir a apagar los incendios (financieros, políticos, alimentarios, ecológicos y los que se acumulen) que pueden producirse en varias partes del mundo. Evidentemente, la cultura del mercado tolera más las terapias que las profilaxis. Las resistencias a asumir compromisos globales y a instrumentar reglas capaces de reducir los riesgos sistémicos, son elocuentemente ilustradas por el rechazo de Estados Unidos a suscribir los Protocolos de Tokio y el Tribunal Penal Internacional. Así como en las resistencias de Francia e Inglaterra a una Europa federal que implicaría una pérdida de centralidad de la nación. Lo que hace pensar en anteriores retardos adaptativos asociados a diferentes formas de orgullo nacionalista. La memoria va a 1925, al ilusorio retorno inglés al sistema áureo con un irrealista tipo de cambio de la libra. Orgullo nacionalista estilo *City*. O a la política colonial francesa hasta inicio de los años 60. Y apenas es el caso aquí de mencionar Argelia e Indochina, dos casos de retrasos inducidos que preparan otros, endógenos.

<sup>36</sup> Véase Cari Coglianese. *Globalization and the Design of International Institutions*, en Nye-Donahue. *Op.Cit.*, pp.304-5.



Pocas veces como hoy, si es que alguna, no entender las señales que la historia nos pone enfrente (aunque sea en forma de enigmas), es costoso. El tema de la "global governance" revela, en el uso del sustantivo (*governance* en lugar que *government*), la dificultad objetiva en pensar en alguna forma de gobierno global. Y es evidente que el razonamiento por el cual economía global supone gobierno global, es tan simétricamente perfecto como históricamente inviable, para decir lo menos. En la realidad, tenemos de una parte naciones con la dificultad para entender el tamaño de la creatividad (política y social) que estos tiempos nos imponen. De la otra, una perspectiva de gobierno global francamente irrealista. O sea, de una parte lo pequeño que ha dejado de ser funcionalmente capaz de metabolizar la nueva escala de los retos, y, de la otra, lo demasiado grande que es tan veleidoso como impensable. Una disyuntiva entre lo no-suficiente y lo no-posible.

#### **4. La regionalización de la economía (y la política).**

El problema sistémico puede proponerse así: ¿frente a una creciente complejidad del universo, es posible que el *núcleo* construido sobre una distinta escala de problemas globales, pueda seguir cumpliendo su tarea reguladora? En su abstracta generalización, una pregunta de este tipo no tiene una sino varias respuestas posibles y varias graduaciones entre *sí* y *no*, dependiendo de ámbitos, estructuras, naturaleza de las tensiones (tanto internas como con el entorno), tiempos, etcétera.

Pero, si aplicamos nuestro problema a la organización actual de la economía y el poder internacionales, y asumimos como nucleolo (el núcleo del núcleo del sistema) a Estados Unidos, entonces la respuesta a la pregunta anterior comienza mostrar sus perfiles más probables. Si el futuro, como indican muchos signos del presente, mostrara una creciente dificultad estadounidense a seguir cumpliendo eficazmente varias de las funciones globales cumplidas en gran parte de la segunda mitad del siglo XX, nos enfrentaríamos a una masa de energías (económicas y políticas) no organizadas con un incalculable potencial disruptor.<sup>37</sup> Y esta posibilidad entrópica podría llegar a concretarse justo en los momentos históricos que imponen un mayor esfuerzo de coordinación global frente a las urgencias demográficas, ecológicas y sociales que se aproximan y cuyos anuncios son suficientemente inquietantes desde el presente. Una hegemonía puede no gustar, pero ha sido esencial hasta ahora para garantizar algún sistema de orden global. El problema es que ante un cuerpo global que sigue creciendo, resultan inevitables las

<sup>37</sup> Como ejemplos obvios de creciente complejidad mencionemos sólo dos: Asia oriental y Africa. La primera que -con su dinamismo económico y tecnológico- crea tensiones al interior de mercados que ciertamente se expanden pero se hace también cada vez más competitivos. La segunda que -con su parálisis de desarrollo, su inestabilidad política y su potencial migratorio- crea tensiones globales de otra naturaleza. Para no hablar del Islam, con su aporte actual de un mesianismo capaz de alimentar, reactivamente, otros. Y un largo etcétera.

deficiencias del cerebro nacional (por tan poderoso que haya sido o siga siendo) destinado a coordinar sus funciones básicas. Ahora bien, si Estados Unidos se enfrentara poco a poco a un problema de menor eficacia ordenadora de su centralidad, ¿cuál otro país podrá asumir en el futuro el mismo papel en las nuevas condiciones globales? Y que algún orden global sea necesario es más que obvio considerando la naturaleza de problemas presentes que cada vez menos tienen soluciones nacionales eficientes.

¿Quién después de Estados Unidos? En el horizonte visible (o imaginable) desde la actualidad, las mayores probabilidades se concentran en una respuesta tan contundente como inevitable: nadie. En el año 2000, la economía estadounidense es tres veces la japonesa y cinco veces la alemana. Y aún así son cada vez evidentes las desgastadas capacidades estadounidenses de garantizar algún orden global. ¿Es realísticamente imaginable que esta situación se modifique drásticamente en las próximas décadas? Este escribiente lo duda. Pero entonces, si Estados Unidos se muestra como un cerebro cada vez menos capaz de administrar algunas de las funciones fisiológicamente esenciales de un cuerpo mundial en expansión, ¿cómo imaginar que puedan hacerlo economías nacionales considerablemente inferiores a la de Estados Unidos en tamaño, creatividad y deseos de centralidad global?

Así que, guiados de la mano por el horizonte visible, nos encontraríamos ante una conclusión virtualmente inescapable: Estados Unidos es la última nación hegemónica con vocación universalista. Si este país es cada vez más *pequeño* (económica y políticamente) frente al tamaño de energías y tensiones globales y, por otro lado, si un gobierno mundial es una utopía impensable desde el presente, no queda sino una posibilidad sistémicamente coherente: la fractura del cuerpo, la regionalización. O sea, la creación de las condiciones para la formación de *cerébros* regionales capaces de ir más lejos respecto a sus pasados nacionales. O sea, "bloques regionales" capaces de operar con mayor eficacia en el oleaje de la globalización, crear espacios de seguridad colectiva y nuevos, más amplios, sentidos de pertenencia e identidad.

A lo largo de siglos la nación fue una condición de viabilidad colectiva, una búsqueda de autonomía frente a la heteronomía, una forma por medio de la que asegurar (o intentar hacerlo) estabilidad interna frente a turbulencias o impactos de origen exterior. El Estado nacional fue una forma para producir coherencia, capacidad de cambio y posibilidades de desarrollo. Hoy, varios indicadores sugieren que estas funciones son cada vez menos acometibles en los límites del Estado nacional. La sensación de inseguridad de un tiempo de aceleración de la globalización impone formas inéditas de cooperación entre países cercanos.<sup>38</sup> Y tan

<sup>38</sup> Digámoslo en el lenguaje luhmanniano: globalización es aumento del número de elementos nuevos a escala mundial que, sin embargo, todavía tienen una débil trabazón relacional. Cfr. Niklas Luhmann. *Sistemas sociales*. Un. Iberoamericana y Alianza Ed., México 1991. pp.187s. Exactamente lo que da al sistema un rasgo de "en construcción".

pronto como esa conciencia se asoma, resulta evidente la ausencia de antecedentes. Estamos condenados a vivir en las fases iniciales de una futura tradición.

Frente al riesgo global de un mundo dividido entre dos superpotencias, fue Europa la primera en percibir, hace medio siglo (la Comunidad Europea del Carbón y el Acero es de 1951) la fragilidad estratégica de los diferentes países del área enfrentados individualmente a una realidad global que mostraba un cambio profundo en las escalas del poder global. Europa fue la primera en percibir que los márgenes de acción independiente de sus miembros nacionales, después de la matanza de la guerra, se habían drásticamente erosionado en una realidad global dominada por EU y la URSS en el terreno estratégico y por EU y Japón en el terreno económico y comercial. En ese ambiente, Europa fue definiendo progresivamente sus nuevas estructuras comunitarias y su nueva visión de sí misma.

Y mientras el éxito de la Unión Europea se consolida (antes con el SME a fines de los 70, después con la entrada en vigor del mercado común en 1993 y finalmente con la moneda única en 2002) y el oleaje global crece (con tipos de cambio flotantes, conflictos competitivos, reducción de las barreras arancelarias y revolución tecnológica), el regionalismo europeo comienza a proponerse como una fórmula atractiva también en otras partes del mundo para navegar con mayor seguridad colectiva en contextos globales turbulentos y retadores. No es aventurado suponer que en el presente esté comenzando a ocurrir en otra forma lo que ocurrió a lo largo de siglos: el ejemplo nacional europeo objeto de diferentes voluntades imitativas en el teatro mundial. La historia podría repetirse, pero esta vez ya no en el terreno de nacionalismo sino de la propuesta (y la promesa) de una democracia posnacional.

Y como siempre, en la experimentación de nuevas figuras políticas de organización colectiva, es el mundo desarrollado el que se encuentra a la cabeza del proceso. Retrospectiva y futuroológicamente, Occidente tuvo en el Estado nacional su ventaja política por siglos frente al resto del mundo y ahora, con la regionalización, podría establecer los cimientos de una nueva (indeterminablemente prolongada) ventaja estratégica global. A favor, a juzgar por la actualidad, de Europa occidental. Añadamos también la otra novedad: la tradicional hegemonía sobre el resto del mundo de parte de Occidente se ha cuarteado para siempre con la aparición en el escenario global de Asia oriental y, en ella, de un amplio espectro de países dotados de extraordinario potencial de aprendizaje y desarrollo. Además de Japón, mencionar aquí a China es tan trivial como inevitable. Este es nuestro cambio epocal: de ahora en adelante desarrollo y Occidente dejarán de ser virtuales sinónimos, como ocurrió a lo largo de siglos. El capitalismo tendrá dos cabezas culturales. ¿Qué implicará para el futuro? ¿Quién puede decirlo?

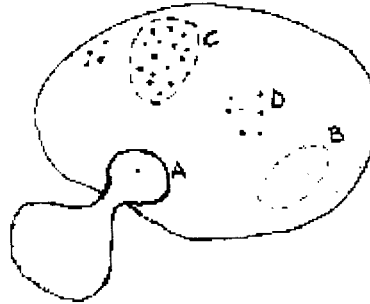
Y aunque los sentidos de pertenencia regional (estructuras políticas colectivas, percepciones y comportamientos sociales) se encuentren en distintas fases evolutivas, desde el presente es posible vislumbrar tres espacios regionales destinados a dotarse de una identidad crecientemente unitaria (y compleja) y a

asumir nuevas responsabilidades de seguridad y de desarrollo en su interior y en su entorno: Europa occidental, Asia oriental y Norteamérica. Los ejemplos concretos y activos de lo que antes llamamos *fragmentación del cuerpo*: proceso de formación de cerebros regionales en correspondencia con redes más tupidas de interdependencia económica y política con los países cercanos. Para Estados Unidos, tal vez, una degradación en términos de jerarquía mundial, para el resto del mundo, una apuesta a una mayor estabilidad.

Y aunque pueda parecer trivial, hay algo que tal vez sea oportuno señalar aquí. Europa occidental creó esas ciudades mercantiles de la baja Edad Media que fueron el laboratorio inicial de dos impulsos: capitalismo y democracia (como autogobierno): base histórica de todas las asimetrías posteriores en el escenario global. Otra vez, Europa occidental crea la pasión nacionalista que se derramará en el planeta como una onda secular creadora de Estados nacionales y nacionalismos. La política nacional, más que las etnias (por lo menos, discursivamente), es factor productor de identidad. (India, obviamente, es el mayor fracaso, en una versión en que la religiosidad, que se suponía cada vez menos importante en la historia, vuelve en escena con un vigor inesperado.) Y ahora, de nuevo, es Europa occidental a dar los primeros pasos en la construcción de nuevos espacios políticos y nuevas identidades posnacionales. Pero, ahora, sin una ventaja determinante sobre las otras dos *regiones* en proceso (posiblemente) inicial de formación. Las regiones extraeuropeas disponen de factores (y potencialidades) productivos de tal cuantía que pueden compensar por el lado del dinamismo económico la *ventaja* política europea. Si bien, tanto América del Norte como Asia oriental presentan distintos grados de retraso en la toma de conciencia de la necesidad regional (impuesta por la necesidad de sujetos políticos más amplios para enfrentar retos globales de nuevas dimensiones), ahí también encontramos en Nafta y en APEC, los primeros signos de una inédita voluntad de cooperación entre países cercanos.

Sinteticemos lo que se ha dicho hasta aquí en referencia a Ciudades, Naciones y Regiones (las tres figuras políticas centrales de la Edad Moderna), señalando gráficamente algunos elementos de cierto interés. Y razonemos en términos (para decirlo pomposamente) de microbiología celular.

Comencemos con la Ciudad y movámonos con cierta libertad entre los siglos, para reconocer continuidades y rupturas. La gráfica que sigue no describe un momento concreto de la historia sino condensaciones de orgánulos celulares diferenciados entre la baja Edad Media y el comienzo de la Edad Moderna; el mundo en el cual las ciudades mercantiles aparecen y se convierten en una gran novedad productora a lo largo de siglos de muchas otras.

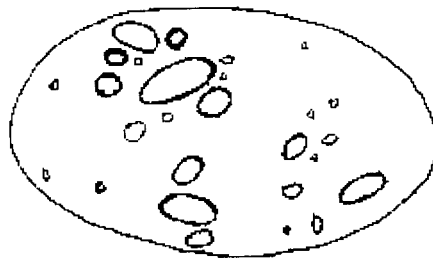


Señalemos sólo cuatro *situaciones tipo* que encarnan anatomías y fisiologías sociales europeas con diferentes potenciales evolutivos y diferentes tensiones estructurales internas. La situación A es la de un imperio español cuyo centralismo se construye sobre el empuje de la Reconquista y, especialmente, sobre la derrota de la revuelta comunera contra Carlos. Las ciudades castellanas comienzan, si bien tardíamente, a desarrollar perfiles mercantiles y diferenciación social interna. Y apenas comienzan a tomar alguna fuerza, son aplastadas. Tenemos aquí una experiencia de centralismo nacional temprano construida sobre la derrota de una burguesía incipiente que podría haber dado a España aquella clase de dinamismo que no tuvo en los siglos siguientes. El imperio americano de España (entorno del sistema) nunca funcionará como sustituto dinámico de un sistema que ha perdido en la ciudad su principal factor de impulso y de *modernización*. La situación B refigura un territorio que desde Moscovia extiende agresivamente sus posesiones desde el siglo XVII. Sin embargo, ese espacio político en formación no tiene ciudades mercantiles en su interior. Y la mayor luz mercantil, Novgorod, termina por caer en su confrontación histórica con Moscú que teje los hilos de un extendido poder territorial. Ivan IV, para terminar con toda duda sobre quien manda, masacra a sus habitantes en 1570. Una especie de sacrificio a la centralidad requerida por la extensión de las fronteras. Tanto A como B son espacios políticamente estructurados en ausencia de ciudades mercantiles capaces de renovar sus estructuras productivas, sus valores y comportamientos sociales. Con la situación C entramos directamente en la matriz de la Modernidad: las ciudades que terminarán por confluir en las Provincias Unidas: primera república burguesa de bases nacionales. Punto intermedio entre las antiguas autonomías municipales y la nueva dimensión nacional, impulsada involuntariamente a la unidad por una España que pretende controlar una fuente de riqueza externa a sí misma.

Otra condensación de orgánulos celulares (D) podría ser la de las ciudades del centro-norte italiano, que anteceden a las de Flandes y de Holanda y que, sin embargo, pierden su posible ruta evolutiva en medio de rivalidades que terminan por asfixiar sus extraordinarias fuerzas dinámicas hasta una tardía unificación nacional. Con consecuencias, señalemos al margen, que la historia italiana sigue registrando

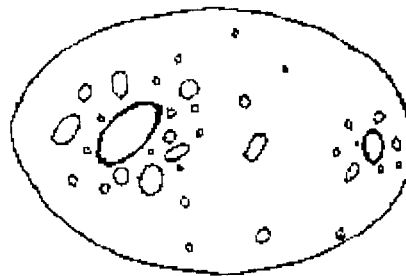
siglos después y hasta la actualidad. Última observación: el sistema en el cual las ciudades mercantiles se convertirán en el sujeto más activo, se caracteriza por una elevada inestabilidad. De las Cruzadas y la conquista veneciana de Constantinopla a la guerra de Cien años, a la Guerra de 30 años.

Demos ahora un salto de siglos y lleguemos al *episodio nacional*. En la gráfica que sigue, la nueva organización celular ya no está representada por puntos (ciudades mercantiles) sino por círculos de distintas dimensiones. El sujeto del cambio ha cambiado.



Estamos, *más o menos*, hacia fines del siglo XIX. Denominemos el círculo más grande que está rodeado por una multiplicidad de otros de diferentes dimensiones, Inglaterra. Y llamemos Estados Unidos a ese otro círculo que se encuentra más al sur y que no tiene tantos satélites a su alrededor. En el extremo oriental de la célula, otro núcleo que, desde la Restauración Meiji, se muestra como el primer trasplante exitoso de capitalismo en un cuerpo social no-occidental: Japón. Lo que tendrá consecuencias catastróficas para sus vecinos en la primera mitad del siglo XX, y consecuencias de otro signo en la segunda mitad. Estas, las luces más brillantes, los protagonistas centrales cuya dinámica interna condiciona el funcionamiento celular conjunto.

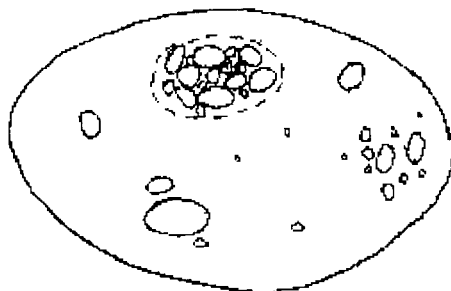
A partir de la segunda Guerra Mundial y la aparición del gran anticuerpo soviético, la organización celular previa cambia en forma significativa, asumiendo un aspecto similar a:



Dicho en pocas palabras, la aparición de la URSS como sujeto estratégico global y los armamentos nucleares, terminan por crear una situación de *equilibrio* bajo amenaza: una disposición de fuerzas que hizo de Estados Unidos el cerebro casi-único del enfrentamiento global contra el *comunismo*. Las necesidades de la *guerra* (si bien, fría), aunadas al poder económico objetivo de Estados Unidos, fueron factores decisivos en la creación de una estructura celular de tipo tolemaico con Estados Unidos como núcleo indiscutido de una organización celular-global.

Las cosas cambian en forma profunda con la desaparición de la URSS y la aceleración de la globalización.<sup>39</sup> El centralismo americano se deteriora por la nueva amplitud de las fuerzas en campo a escala global, por la menor necesidad sistémica de "orden frente al enemigo" y por una excesiva visibilidad hegemónica que tiende a polarizar los conflictos globales. Y llegamos así al presente, cuando, los cambios en la organización celular suponen un nuevo tipo de tensiones estructurales globales: de una parte, una perspectiva de regionalización y, de la otra, la persistencia de la centralidad *americana* en los terrenos de las finanzas y del poderío militar.

Gráficamente podríamos describir la nueva situación que ve la Región plurinacional como nuevo factor dinámico de organización celular, de la siguiente manera:



No trivialicemos más de lo que ya se hizo y dejemos sin comentarios esta última gráfica; con un solo señalamiento: el movimiento molecular que parece dirigirse a la formación de tres polos cuya coherencia sistémica es más evidente, en estos momentos, en la Unión Europea que en Norteamérica o en Asia oriental.

Es de esa organización *sistémico-celular* en que tres polos buscan definir los términos de su propia estabilidad interna, que es lícito esperarse las mayores novedades del futuro en los terrenos de la gobernabilidad global. La diferencia respecto al pasado es que si, antes, la mayor amenaza sistémica parecía concentrarse

<sup>39</sup> Dos fenómenos probablemente vinculados entre sí, en el sentido que no sería descabellado suponer que la URSS cayó como consecuencia de un nuevo impulso globalizador en el cual el comunismo no pudo estar entre los protagonistas y, por eso, terminó por disolverse frente a redes globales que estrechaban sus espacios de su viabilidad. Desde antes de los 80, el crecimiento económico soviético se estanca. La maquinaria no se renueva con una velocidad comparable a lo que ocurre en los países desarrollados.

en la URSS, resulta ahora cada vez más obvio que las fuentes de (potencialmente) graves desordenes sistémicos se han multiplicado. En una situación de esta naturaleza, el reforzamiento de la centralidad americana podría ser factor (por razones que aquí no desarrollaremos) más de inestabilidad que de estabilidad global. No sostenemos aquí que la tendencia regionalista constituya un camino evolutivo inevitable, sólo afirmamos que constituye la mejor configuración estructural para enfrentar (con alguna posibilidad de éxito) la nueva escala de los problemas globales con un salto hacia adelante de los espacios objeto de responsabilidad e identidad. Los futuros equilibrios mundiales requerirán un menor número de sujetos con potencial de disrupción global y una mayor extensión de redes globales de responsabilidad y, por consiguiente, una aceleración del tránsito de la política al terreno posnacional. Tres patas dan más estabilidad a una mesa que una sola, por lo menos en las actuales condiciones.

Y como siempre, para alguien que entiende hay alguien que no lo hace. Quien entiende es Daniel Bell. Leamos:

The nation-state is becoming too small for the big problems of life, and too big for the small problems of life (...) In short, there is a mismatch of scale.<sup>40</sup>

Demasiado pequeño, por el sociólogo estadounidense, para producir mecanismos globales de regulación de los flujos de capital, para enfrentar gigantescos problemas migratorios, y demasiado grande para enfrentar distintos tipos de necesidades locales. Ahí está una característica esencial de la regionalización: una mayor condensación de poder tanto hacia arriba como hacia abajo.

Quienes, en cambio, parecerían tener dificultades para entender lo nuevo son Keohane y Nye, normalmente dos agudos observadores de la realidad internacional. Una incomprensión que se expresa así:

Contrary to some prophetic views, the nation-state is not about to be replaced as the primary instrument of domestic and global governance.<sup>41</sup>

Que es como decir: aquí no pasa nada que nos obligue a repensar la forma Estado nacional en un contexto de aceleración de las interdependencias globales. Un punto de vista probablemente vinculado a la inercia cultural asociada a la *costumbre* hegemónica americana. Hacia fines de los años 50, también los franceses tenían

<sup>40</sup> Daniel Bell. *The World and the United States in 2013*. Daedalus, n° 3, vol.116, 1987. p. 14.

<sup>41</sup> Robert O. Keohane, Joseph Nye. *Introduction*, en Nye-Donahue (Ed.), *Governance in a Globalizing World*, cit., p. 12.



dificultades en aceptar que la edad del colonialismo estaba pasando y que quedar amarrados a ella era una forma de perder tiempo y pagar altos costos. En el caso de Estados Unidos (y no obstante el Nafta), dos elementos actúan para retardar la toma de conciencia de la necesidad del fortalecimiento de estructuras regionales: la relativa juventud nacional de un país que, desde sus inicios, se consideró una especie de historia aparte en el escenario mundial y una inercial tradición *imperial*.

### 5. Una conclusión en tres puntos.

En el contexto de las convulsiones de una edad de aceleración de la globalización, el uso de la palabra "conclusión" parece un non-sequitur. Intentar balances en el medio del temblor, en efecto, no es lo más sensato. Así que no intentaremos conclusiones generales sino, más humildemente, cerraremos la línea de argumentación seguida hasta aquí con tres observaciones *conclusivas* que ilustran aspectos novedosos de la actualidad.

Primero. Romano Prodi, presidente de la Comisión Europea (máximo órgano ejecutivo de la Unión), reivindica -globalización o no- la voluntad europea de conservar su propia especificidad respecto al "modelo americano". Leamos,

The welfare state is the greatest single achievement of western democracies and surely one of the greatest achievement of the 20<sup>th</sup> century (...) Economic progress does not automatically bring benefits to all. A purely market-based income distribution would leave around 40% of all households in Europe below the poverty line.<sup>42</sup>

En el ámbito de la Unión Europea Resulta especialmente interesante el uso político que desde Bruselas se hace de las políticas nacionales más exitosas como ejemplos a seguir por todos los países miembros, si bien, con formas y modalidades propias. En lugar que limitarse a "inventar" políticas, la Unión parecería haber puesto en acción un mecanismo emulativo por el cual (dependiendo de las corrientes político-culturales dominantes en cada momento) las decisiones exitosas de un país miembro se convierten en indicaciones para todos los demás. Si se quiere: la Unión como mecanismo de selección *natural* de políticas. Prodi hace hoy lo mismo que hicieron a su tiempo Mao y Deng en China: usar alguna experiencia local como ejemplo a seguir para todo el país. En este caso, no compulsivamente.

A country like Denmark has even higher employment rate than the US. Other countries are able to combine good growth and good employment performance, like Austria, the Netherlands, Portugal. 1

<sup>42</sup> En *Progressive governance for the XXI Century* (Conference Proceedings). Firenze 20-21 noviembre 1999. pp. 12-13.

see no reason why all member States could not ultimately manage to do the same.<sup>43</sup>

Segundo. Sobre nuestras actuales bases tecnológicas y estilos de vida, nos dirigimos inexorablemente hacia una disyuntiva sistémica trascendental. Veamos. Lo mejor que nos podría ocurrir en las primeras décadas de este siglo es que se activara una nueva corriente de desarrollo sostenible en el "tercer mundo". Sólo de ese impulso de crecimiento en Africa, América Latina, Asia central y meridional pueden venir los elementos capaces de metabolizar el alto oleaje demográfico que nos espera. Sin embargo, si algunos miles de millones de seres humanos pasaran de la indigencia a alguna forma de bienestar (como hoy lo concebimos), ¿podrían los ya precarios equilibrios ecológicos soportar el impacto consiguiente? Un ejemplo banal. En números gruesos, en la capital de México circulan 4 millones de automóviles, o sea uno por cada cinco habitante. En Turín, en el noroeste italiano, la razón es uno a uno, en una ciudad con un millón de habitantes. Pregunta: ¿podría esta ciudad soportar -en el caso venturoso que nuestro nivel medio de bienestar creciera en forma acelerada- el impacto de 20 millones de automóviles circulando? O sea, ¿qué clase de catástrofes pueden derivarse de una globalización de los actuales estilos de vida?

Pero hay otra posibilidad, y es que, en lugar que ser exitosas, nuestras expectativas sobre el desarrollo del "tercer mundo" se frustren. En ese caso, tendríamos el consuelo de ocuparnos de los actuales desastres ecológicos sin añadir muchos nuevos, pero al costo de ver proliferar por el mundo redentores mesiánicos tipo Bin Laden y otras formas de dignificación cultural de la miseria, con consecuencias que, a partir del 11 de septiembre, han quedado manifiestas. De lo cual se deduce que miseria y estabilidad, en las condiciones actuales de aceleración de la globalización, han dejado de ser compatibles. Y ahí estamos en el presente: entre un éxito económico y social, que crearía una crisis sistémica de naturaleza ecológica y un fracaso económico, que crearía otra fuente de crisis sistémica: el terrorismo con su secuela de intolerancias reactivas.

Tercero. En el dilema: desastre ecológico (sobre la base del éxito económico) o desastre político-social (sobre la base del fracaso económico), estamos llegando a una bifurcación que nos abrirá hacia desarrollos impredecibles. La actual y las sucesivas generaciones tendrán (y ya no como ejercicio utópico de minorías iluminadas) la tarea de *reiventarse el desarrollo*, de tal manera que el bienestar de muchos millones de seres humanos no se convierta en amenaza de sobrevivencia para todos. No entenderlo es no entender la masa de energías en libertad que la globalización agita constantemente y que pueden ser factores de graves turbulencias globales. Los que conocimos hasta ahora toman los nombre de: Chernobyl, matanza ruandesa, 11 de septiembre, el hambre que mata decenas de millones de personas en varias regiones del planeta y alimenta olas de choque globales de distinta intensidad.

<sup>43</sup> *Op. cit.*, p. 16.

limpiezas étnicas, etcétera. Todo eso metido en una licuadora con el añadido de la explosión demográfica que nos espera, podría producir una mezcla para la cual el delirio de la ciudad de *Blade Runner*, podría ser una visión optimista del futuro a la vuelta de la esquina.

Los ulteriores avances tecnológicos y científicos podrán aflojar la tensión de los vínculos entre los que la humanidad se mueve actualmente; pero difícilmente estos vínculos serán removidos sin profundos cambios sistémicos. Un ejemplo: al paso actual, las reservas energéticas están destinadas a agotarse en algunas décadas. Estamos urgidos de avances tecnológicos y, más aún, de una nueva revolución técnico-científica que nos permita acceder a diferentes fuentes de energía. Pero, aún si eso llegara a ocurrir en los próximos años, no sería suficiente. Es inevitable la consolidación de ideas y propuestas dirigidas a un cambio sostenible (económica y ecológicamente) en nuestras formas de vida, de producción, de consumo. En fin, reinventar el desarrollo se ha vuelto una tarea sistémica ineludible. Lo que, a la luz del presente, supone cambios profundos en estilos de vida y de producción y cambios igualmente profundos en las formas de la política global.

---

*Post Scriptum* personal acerca de las relaciones entre "primero" y "tercer" mundos. Mi vecino de casa es pobre y, no obstante su crecida familia, no construye nuevos pisos a su casa. El día que lo haga, mi jardín, que recibe la luz de la mañana, enfrentará un nuevo reto de sobrevivencia. Moraleja: por el momento, mi bienestar depende de la pobreza de mi vecino de casa. ¿No estoy viviendo, acaso, un problema global? Si los hijos de mi convecino siguieran en la pobreza de sus padres, nada excluye que algún día se conviertan en asaltantes de las casas cercanas. Si, en cambio, accedieran a mayores niveles de bienestar, mi jardín y, por consiguiente, mi bienestar, enfrentarán retos inéditos. Reinventar el desarrollo ha dejado de ser expresión de un utopismo finalista, para convertirse en una necesidad apremiante.